Una propuesta alternativa a los discursos de la gestión en Colombia: una mirada desde los estudios sociales contemporáneos

Ramón Eduardo Gutiérrez Rodríguez*

Recibido: junio de 2009. Aceptado: septiembre de 2009

RESUMEN

El propósito de este artículo es presentar una serie de elementos extraídos de algunos de los estudios sociales contemporáneos que pueden ayudar a comprender cómo y hacia dónde se encaminan las acciones de las organizaciones en Colombia. La primera parte del artículo presenta una breve reflexión sobre cómo se han construido los discursos tradicionales sobre los cuales se gestionan las organizaciones en Colombia. En la segunda parte se exploran los lugares desde donde se pueden pensar alternativamente las dinámicas de la organización en Colombia. La última parte del texto presenta los elementos señalados como propósito del artículo. Es importante indicar que la manera como se entiendan estos elementos en organizaciones reales de Colombia es clave para aproximarse a proponer un modelo de gestión alternativo para las organizaciones del país.

Palabras clave: modernidad, sociedad contemporánea, gestión, organizaciones. JEL: M10, M19, N36.

ABSTRACT

The main purpose of this article is to propose a set of elements, taken from contemporary social studies, which can help to understand how and in which way the actions of the organi-

Para citar este artículo: Gutiérrez, R. E. (2010), "Una propuesta alternativa a los discursos de la gestión en Colombia: una mirada desde los estudios sociales contemporáneos". En *Universidad y Empresa*, 18: 72-116.

* Administrador de Empresas de la Universidad Nacional de Colombia. Especialista en Evaluación Social de proyectos de la Universidad de los Andes. Máster en Investigación de Sociedades Contemporáneas de Europa y América, especialización de Estudios Latinoamericanos, Universidad de la Sorbona Nouvelle, París 3. Profesor de tiempo completo Departamento de Administración de Empresas de la Universidad Central. Contacto: ramoneduardog@yahoo.com; ramoneduardog@gmail.com

zations in Colombia go. The first part of the article presents a brief reflection on how speeches have been built, according to the way in which Colombian organizations are managed. The second part tackles the question about different ways to think the dynamics of organizations in Colombia. The last part of the text shows the elements pointed out as the purpose of the article. It is important to indicate that the way these elements are understood in real Colombian organizations can bring an alternative management model for the organizations in the country. **Keywords:** modernity, contemporary society, management, organizations. JEL: M10, M19, N36.

INTRODUCCIÓN

Este artículo es el resultado de la primera de tres fases de un proyecto de investigación denominado *Mundos contemporáneos, organizaciones y estrategia*, el cual es financiado por la Universidad Central y realizado por el Departamento de Administración de Empresas de la Facultad de Ciencias Administrativas, Económicas y Contables a cargo del investigador principal y autor del presente texto. El proyecto gira en torno a tres preguntas fundamentales: 1. ¿Cómo los discursos contemporáneos pueden ayudar a entender las dinámicas actuales de las organizaciones colombianas? 2. ¿Cuáles son las estrategias que las organizaciones colombianas adoptan y/o diseñan e implementan dentro de la contemporaneidad? 3. ¿Cuáles son los impactos que tienen tales estrategias en el mundo social?

Así, la intención de este artículo es proponer una serie de elementos que hacen parte del mundo contemporáneo y que definen una forma

de actuar de las organizaciones. En otras palabras, la manera como se entienden estos elementos en una organización particular dan cuenta de las formas como se encaminan las acciones de esa misma organización. Estos elementos son propuestos a partir de la revisión de algunos de los discursos contemporáneos en tanto se considera que plantean nuevas miradas sobre cómo entender el mundo, el cual ya no es uno solo; de ahí que el título del proyecto de investigación sea *Mundos contemporáneos*. Teniendo en cuenta que la gestión de las organizaciones constituye un campo de las ciencias sociales, los discursos que se toman para construir los elementos propuestos emergen de allí. La idea de utilizar tales discursos contemporáneos se arraiga en la posibilidad de construir, desde otra mirada, nuevos modelos de gestión para entender la dinámica de las organizaciones en Colombia. Los discursos trabajados para la propuesta tienen en común el hecho de señalar la entrada en crisis de los paradigmas tradicionales, a partir de los cuales se han construido la mayoría —si no

todos— los modelos administrativos que dominan la gestión de las organizaciones.

De acuerdo con lo anterior, la primera parte del artículo presenta una breve reflexión de cómo se han construido los discursos sobre los cuales se gestionan las organizaciones en Colombia. A continuación se aborda la pregunta: ¿desde dónde se pueden pensar alternativamente las dinámicas de la organización en Colombia?, y en el último apartado se presentan los elementos señalados como propósito del artículo, es decir, aquellos que desde una mirada contemporánea permitirían dar cuenta de cómo se encaminan las acciones de las organizaciones en Colombia. Es importante señalar que la manera como se entiendan estos elementos en organizaciones reales de Colombia puede brindar un paso importante para aproximarse a proponer un modelo de gestión alternativo para las organizaciones del país. Por supuesto, este paso corresponde a las demás fases del proyecto de investigación.

1. DISCURSOS DOMINANTES EN LA GESTIÓN DE LAS ORGANIZACIONES

En primer lugar, es preciso señalar que la mayor parte de los discursos sobre la gestión de las organizaciones, o las interpretaciones dadas a cómo debe ser dicha gestión en todos

los ámbitos, se ha erigido sobre el “paradigma de la simplicidad”, como lo mencionan Hernández, Saavedra y Sanabria (2007). Este paradigma se enmarca en los principios de lo que constituyen las ciencias desde la modernidad y lo que bien podría llamarse la esencia de los postulados positivistas. Los autores manifiestan que, al ubicarse en tal paradigma, el análisis del objeto de estudio de la administración se vuelve “parcial e incompleto”.

Por su parte, Muñoz, en el prólogo de la obra de Aktouf (2000), insiste en uno de los planteamientos fundamentales de la Escuela de Montreal: “la administración debe ser más una teoría generada alrededor de las especificidades culturales de los pueblos que la practican, que una teoría de validez universal como tradicionalmente se ha pretendido” (p. 9). La universalidad aquí mencionada vuelve a estar relacionada con los principios o las formas de interpretar el mundo producto de la modernidad.

En el mismo texto, Aktouf muestra cómo la administración, desde Taylor, Fayol y Urwick, permanece en el nivel denominado “integrado”: aquel que va desde la planificación hasta el control, pasando por la decisión, la organización y la dirección. Cada una de estas actividades da lugar a la posesión de una o varias “herramientas” destinadas a hacer que las tareas se hagan mejor y más

rápido. Así, señala el autor: “La competencia particular y específica de los primeros administradores era pues la de obtener más trabajo, mediante la disciplina y la organización [...] El objetivo general no ha cambiado, sólo los métodos y los instrumentos han evolucionado: se trata siempre de maximizar la proporción del factor trabajo” (2000: 19).

También hace una asociación con los discursos administrativos en tanto aliados a la “ciencia” del capitalismo financiero occidental, de inspiración neoclásica, monetarista y cuantitativa, particularmente para referirse al pensamiento administrativo de origen norteamericano.

A través de una interpretación de Langlois, Aktouf va a mostrar cómo la *administración tradicional* y las *business schools*, mucho más que el economicismo mismo, son el “brazo armado”, las directas culpables de sostener una “[...] ciencia de la garantía del enriquecimiento indefinido de los más ricos [...] bien sea a escala de los individuos, de las empresas o de las naciones [...] (puesto que la administración a la americana ha desplegado tanto, si no más que otros, por el planeta el pensamiento nacido del economicismo liberal y neoliberal)” (2000: 32).

Las explicaciones a que desde el texto de Aktouf se den a tales afirmaciones tienen que ver con los siguientes

elementos: 1. El egresado de las *business schools* es un buen técnico en el sentido de ser un virtuoso para los cálculos de diversos modelos, pero un “mediocre gestor” de lo concreto, de lo cotidiano, del terreno y de sus semejantes, que sólo aprendió a tratar como “variables” o “recursos”. 2. Se sabe que el universo técnico económico en el cual se forma el egresado de las *business schools* está conformado, tanto en lo teórico como en lo ideológico, casi exclusivamente por los presupuestos de la economía neoclásica y neoliberal, así como por el funcionalismo racional utilitarista. 3. La metodología de enseñanza de la administración a través de “casos” conlleva a tratar a éstos como “solucionadores” que finalmente constituyen un “certificado de buena conducta” para tomar decisiones amparadas en reestructuraciones, cortes, etc., descritas como penosas, graves o valientes, y que nada tienen que ver con un comportamiento ético de las organizaciones ni de los gestores.

Aktouf también señala cómo la administración, en tanto teoría e ideología-praxis, ha bebido ampliamente de la escuela de la economía neoclásica, nacida a finales del siglo XIX, y de la visión racionalista positivista. Al introducir la teoría del valor de mercado por el libre juego de la oferta y la demanda, la ciencia económica se liberó, con los neoclásicos, de un pesado fardo, del que se

aprovechó alegremente la doctrina administrativa naciente: en adelante desapareció el problema ético de la producción y el destino de las riquezas, puesto que el valor de las mercancías no proviene ya del trabajo (social) incorporado, sino de una especie de movimiento subjetivo (calculado) por parte de una abstracción (solvente) llamada “consumidores”, que ofrecen un precio que maximiza u optimiza bajo ciertas condiciones, una función de utilidad simultánea con una cierta curva de satisfacción (2000: 41).

En conclusión, puede señalarse que los discursos administrativos tradicionales y dominantes se erigen sobre los paradigmas modernos o, mejor, sobre los paradigmas de lo que se conoce como el proyecto moderno o modernidad. De allí la importancia de presentar de qué consta tal proyecto y cuáles son las críticas que se le hacen.

1.1. Sobre la modernidad

Para abordar el tema de la modernidad, inicialmente parece oportuno mencionar que ésta constituye un proyecto con variadas maneras de entenderse. En ese sentido es útil la propuesta presentada por Escobar (2004), incluso reconociendo que es una mirada parcial y controvertible. Así las cosas, y de acuerdo con este autor, la modernidad puede ser caracterizada de la siguiente manera:

Históricamente, sus orígenes espaciotemporales se han identificado en Europa del norte durante el siglo XVII y alrededor de la Reforma, la Ilustración y la Revolución Francesa, procesos cristalizados a finales del siglo XVIII y que terminaron por consolidarse con la Revolución Industrial.

Sociológicamente, la modernidad se caracteriza por el surgimiento de ciertas instituciones, particularmente el Estado-nación, y por algunos rasgos básicos como la reflexividad, el desmembramiento de la vida social del contexto local y el distanciamiento espacio/tiempo, desde relaciones entre “ausentes otros” que devienen más importantes que la interacción cara a cara.

Culturalmente, la modernidad es determinada por la creciente apropiación de las competencias culturales, por formas de conocimiento experto asociadas al capital y a los aparatos administrativos del Estado –lo que Habermas (1987) describe como una creciente racionalización del mundo-vida–.

Filosóficamente, la modernidad implica la emergencia de la noción del hombre como fundamento de todo conocimiento del mundo, separado de lo natural y lo divino. La modernidad es también vista en términos del triunfo de la metafísica, entendida como una tendencia –extendida desde Platón y algunos

presocráticos hasta Descartes y los pensadores modernos, y criticada por Nietzsche y Heidegger, entre otros— que encuentra en la verdad lógica el sustento para una teoría racional del mundo compuesto por cosas y seres cognoscibles y controlables. Además enfatiza la lógica del desarrollo —la creencia en el perpetuo mejoramiento y superación— como crucial para la fundación filosófica del orden moderno.

Por su parte, García Canclini (1997), al hablar de su noción de hibridación en América Latina, introduce “cuatro procesos que han de estar presentes en la definición de la modernidad: emancipación, expansión, renovación y democratización” (p. 111), los cuales hacen parte de aquello que es necesario para “modernizarse”. No sobra decir que tales conceptos los tomó de Habermas, Bourdieu y Becker.

Como quiera que se mire, y dadas sus pretensiones de universalidad, las sociedades occidentales se rigen por la creencia de que la modernidad es una condición única, que se da por igual en todas partes y que es siempre benigna. A medida que las sociedades se hacen más modernas, también se vuelven semejantes entre sí y, por ende, se tornan mejores. “Ser moderno significa realizar ciertos valores: los valores de la Ilustración, tal como nos gusta concebirlos” (Gray, 2004: 13).

Para Gray, sin embargo, “existen muchos modos de ser moderno, algunos de ellos monstruosos” (p. 14). La creencia de que sólo existe un modo y que éste siempre es bueno tiene profundas raíces. A partir del siglo XVIII se ha arraigado la idea de que el incremento del conocimiento científico y la emancipación de la humanidad van de la mano.

Esta fe ilustrada —ya que pronto adquirió los atavíos de una religión— quedó expresada de la manera más clara en un movimiento intelectual de principios del siglo XIX que se llamó a sí mismo “positivismo”.

[...] los positivistas creían que a medida que las sociedades fueran basándose cada vez más en la ciencia estarían abocadas a volverse más semejantes. El conocimiento científico engendraría una moralidad universal en la que el objetivo de la sociedad sería la máxima producción posible. Mediante la utilización de la tecnología, la humanidad ampliaría su poder sobre los recursos de la Tierra y vencería a las peores formas de escasez natural. La pobreza y la guerra podrían ser abolidas. Gracias al poder que le otorgaría la ciencia, la humanidad sería capaz de crear un mundo nuevo [...] esto puede parecer un credo fantástico, y en efecto lo es. Lo que resulta más fantástico es que aún se crea ampliamente en él. (Gray, 2004: 14-15)

Al respecto, Bourg (1997: 11-12) afirma que tal esperanza técnica conoce dos versiones sin que su punto de partida sea siempre claro:

[...] se puede esperar del curso de las ciencias y de las tecnologías un progreso social y moral indefinido, a la manera de Fontenelle: la humanidad parecía poder alcanzar la edad viril sin cesar de acumular conocimientos y de progresar. También se puede esperar el advenimiento de una sociedad ideal, deshecha de toda forma de injusticias a la manera de Karl Marx.¹

Puede señalarse entonces que la modernidad se encuentra íntimamente ligada, como proyecto totalizante de origen europeo, a la idea de progreso a partir de la razón (esto incluye la ciencia y la tecnología) y de los principios de la Ilustración. Tal idea está presente en el imaginario de cada uno como la mejor manera de resolver los problemas que en todo ámbito afectan a la humanidad y que forzosamente implica emanciparse de la tradición. Así, surgen también los sistemas económicos racionales que buscan la maximización de utilidades y la eficiencia. Uno de estos sistemas—el más prolífico y duradero hasta ahora— es el capitalismo, basado sin lugar a dudas en la producción empresarial de orígenes fundamentalmente industriales.

En el contexto de la Segunda Revolución Industrial, especialmente en Estados Unidos, según Braverman (en Dávila, 1991) los patronos, es decir quienes conforman las unidades productivas, se encontraban frente a nuevos problemas: en las áreas urbanas había grandes congregaciones de obreros bajo un mismo techo, en condiciones en las que se buscaba extraer de ellos los mayores rendimientos. En un ámbito de antagonismo entre obreros y patronos, se hacía entonces crucial para el capitalista asegurar el nivel de obediencia y cooperación que le permitiera el control sobre el proceso del trabajo. Es allí donde surge el conocimiento administrativo como elemento altamente instrumental para el capitalista. Aparecen así la administración científica de Taylor, luego la perspectiva psicosocial de Elton Mayo y sus seguidores, aparte de otros enfoques administrativos que van desde el discurso del desarrollo organizacional hasta los temas de calidad, innovación y competitividad. Todos ellos, por supuesto, enmarcados en el proyecto moderno o modernidad.

Las teorías modernas acerca del manejo económico se han transformado con el tiempo. Así, por ejemplo, ninguno de los economistas clásicos creía que las matemáticas debían ser el modelo para las ciencias sociales.

¹ Traducción del autor.

Para Smith y Ferguson, la economía tenía su fundamento en la historia, se hallaba inextricablemente ligada al auge y al declive de las naciones, así como a la lucha por el poder entre los diferentes grupos sociales. Desde la aparición del positivismo en las ciencias sociales, esta tradición prácticamente ha desaparecido (Gray, 2004) y ha devenido el dominio del discurso de la economía global sustentado en el mercado como elemento regulador, racional y más óptimo, es decir, se habla del modelo económico sustentado en la actual globalización.

En otras palabras, la globalización es sin lugar a dudas, y desde diferentes miradas, un resultado del proyecto moderno. Con el ánimo de ilustrar algunas de esas visiones, a continuación se mencionan ciertos autores que hablan al respecto. Para Boyer (1991), la globalización es vista como una tendencia caracterizada por la mayor intensidad en las relaciones comerciales, económico financieras e informacionales a escala global. Otro ejemplo de quienes tocan este tema de manera más bien “economicista” incluye a Berger, quien la define así:

El término globalización es utilizado para describir todos los grandes cam-

bios que afectan nuestras sociedades desde hace varios decenios. Para dar un sentido concreto y preciso a esta palabra hay que regresar a la idea principal que la rodea, es decir, la aparición de un mercado mundial único para el trabajo, el capital, los bienes y servicios. Por globalización yo designo, entonces, las transformaciones ocurridas en la economía internacional y en las economías nacionales que toman parte en la creación de este mercado mundial único [...] esta definición deja de lado los valores, los estilos de vida, la religión, la música, el cine, que dependen de la propagación de las ideas más allá de las fronteras nacionales. (2006: 30-31)

Para Escobar (2004), la globalización es la última escala del capitalismo y del proyecto moderno, así como la posibilidad para el surgimiento de nuevas y alternas formas de concebir el mundo. Para García Canclini (1997) es la entrada de un proceso de homogenización recesiva en términos culturales.

1.2. Crisis de la modernidad

En el apartado anterior se ha dicho que el proyecto moderno o modernidad² pretende realizar las promesas

² Se entiende aquí a la modernidad como el periodo discontinuo y no necesariamente localizado en el que se considera que el proyecto moderno tiene sentido.

que inspiraron la Ilustración. Por lo mismo, se presenta como una garantía de libertad, progreso, desarrollo, justicia, equidad, fraternidad e igualdad, entre otros, a todos aquellos que deciden su acogida. También se ha mencionado que una de sus características principales es la emancipación. En este sentido, la emancipación es lo que Lyotard (1993: 32-33) llama uno de los “metadiscursos” que marcan la modernidad. Ejemplos de estos metadiscursos son:

Emancipación progresiva de la razón y de la libertad, emancipación progresiva o catástrofe del trabajo, enriquecimiento de toda la humanidad entera por el progreso de la tecnociencia capitalista, y también, si se le cuenta, el cristianismo en sí mismo, en la modernidad (opuesto entonces al clasicismo antiguo), salvación de las criaturas por la conversión de las almas al discurso crístico del amor mártir.

Para Lyotard (1993: 32-34), estos discursos no son fábulas, son mitos ciertos que tienen por finalidad legitimar unas instituciones y unas prácticas sociales y políticas, unas legislaciones, unas éticas, unas maneras de pensar. Pero a diferencia de otros mitos, estos discursos no buscan su legitimidad en un acto original fundador, sino en un futuro a procurar, es decir en una idea a realizar. Esta idea (cualquiera que sea: libertad, equidad, etc.) tiene un valor legítimo por

el hecho de ser universal. Ella orienta todas las realidades humanas, ella da a la modernidad su modo característico: ser un proyecto. Proyecto que según Habermas quedó inacabado y que hay que retomar y renovar, en tanto para Lyotard la modernidad no está inacabada u olvidada, está destruida, liquidada.

Para apoyar su argumento, Lyotard dice varias cosas. La primera de ellas es que la victoria de la tecnociencia capitalista es otra manera de destruir el proyecto moderno pareciendo realizarlo. Por otro lado, el dominio de los sujetos sobre los objetos obtenido por las ciencias y tecnologías actuales no se acompaña ni de más libertad, ni de más educación pública, ni de más riqueza mejor distribuida. Entonces la tecnociencia no ha consumado del todo su pretensión de universalidad; por el contrario, acelera el proceso de deslegitimación.

La deslegitimación ya ha sido parte del proyecto moderno. ¿Quién puede decir cuál es la fuente de legitimación después de 1792? Se dice que el pueblo, pero el ‘pueblo’ es una idea, y se lucha y se debate por saber cuál es la buena idea de pueblo y por hacerla prevalecer [...] desde la extensión de las guerras civiles en el siglo XIX y XX y el hecho mismo de que la guerra moderna entre naciones es siempre una guerra civil: ‘yo gobierno del pueblo, yo refuto la legitimidad de tu gobierno’. En Auschwitz

se ha intentado destruir un soberano moderno: todo un pueblo. ¿Cómo los grandes discursos de legitimación pueden permanecer creíbles en estas condiciones?, esto no quiere decir que ningún discurso sea más creíble. Los que cesan de serlo son justamente los ‘metadiscursos’ sobre los cuales está construido el proyecto moderno. (Lyotard, 1993: 35)

En palabras de Beltrán y Cardona (2005: 10), en la medida que la sociedad moderna toma cuerpo, esto es, en cuanto el proyecto liberador se hace experiencia, se va vaciando de contenido: la razón emancipadora es reemplazada, cada vez más, por una razón instrumental que termina por someter al hombre. Por otro lado, y frente a estos intentos de reducir la vida social y la historia al dominio de la razón instrumental, surgen expresiones críticas de la sociedad que cuestionan estos poderes que en nombre de la racionalidad misma explotan, reprimen o excluyen tanto de la vida individual como de la colectiva todo lo que no les sea útil, todo lo que no sea funcional para su fortalecimiento: el movimiento estudiantil del 68, los movimientos feministas, antinucleares y de las minorías étnicas constituyen, sin lugar a dudas, claras manifestaciones de este proceso.

Hace cien años, Europa se consideraba a sí misma como un modelo para el mundo. Respaldada por un

abrumador poderío económico y militar, su civilización parecía superior a todas las demás. La mayoría de los europeos no dudaba de que en el transcurso del siglo xx los valores europeos fueran aceptados en todas partes. En cierto sentido tenían razón, no obstante algunas de las formas de ser moderno también incluían “el comunismo soviético, el nacionalsocialismo y el fundamentalismo islámico. Estos han sido descritos como ataques contra Occidente. En realidad, es mejor concebir cada uno de estos tres proyectos como el intento de realización de un ideal europeo moderno” (Gray, 2004: 17). Las razones de esta afirmación se exponen a continuación.

Para Gray (2004), el comunismo soviético fue concebido en el corazón de la civilización occidental (dada su fundamentación en el pensamiento marxista). No hubiera podido originarse en ningún otro medio. El marxismo es sólo una versión radical de la creencia ilustrada en el progreso –que a su vez es una mutación de las esperanzas cristianas–. Desde el principio, los bolcheviques se propusieron copiar lo que consideraban los rasgos más avanzados de la vida europea: era imperativa una rápida industrialización, la vida campesina debía erradicarse y las labores agrícolas reorganizarse según el modelo de una fábrica. La producción en masa –organizada sobre las bases planteadas por los estudios del inge-

niero estadounidense F. W. Taylor, los cuales Lenin admiraba enormemente— era el único camino para la prosperidad. “Siguiendo a Marx, los bolcheviques creían que la emancipación humana exigía la industrialización. La industria era una de las expresiones del poder humano sobre la naturaleza” (p. 20). Las raíces del sistema soviético se afianzaban en los más utópicos sueños de la Ilustración, sin embargo, el resultado de intentar la realización de esta utopía bolchevique fue un régimen totalitario (pp. 21-22).

En el mismo texto, Gray señala que, tanto por su alcance como por su objetivo de alumbrar una humanidad nueva y socialista, el terrorismo soviético era incomparablemente moderno. Lo mismo puede decirse de los genocidios nazis. En relación con el nazismo, comenta:

En la mente de Hitler nunca hubo la menor duda de que el nazismo era un proyecto moderno. Ardiente admirador de Henry Ford y de las técnicas estadounidenses de producción en masa, el dirigente nazi consideraba la tecnología como un medio para incrementar el poder humano. La ciencia permitía que la humanidad —o parte de ella— se hiciera parte de la evolución [...] Cuando era comprendido, el modernismo nazi se

convertía con frecuencia en objeto de admiración. La visión del mundo de Hitler tenía algunos elementos en común con la que profesaban algunos sectores de la intelectualidad progresista europea [...] Al igual que Marx, creían que el poder de la tecnología podría utilizarse para transformar la condición humana [...] se consideraban a sí mismos como revolucionarios en pie de igualdad con los jacobinos o los bolcheviques. Al igual que el comunismo, el nazismo se proponía revolucionar la sociedad y rehacer la humanidad. (2004: 25-27)

En cuanto al fundamentalismo islámico o el islamismo radical, Gray (2004: 42) sostiene que Al Qaeda se ve a sí misma como una alternativa al mundo moderno, pero las ideas de las que se nutre son la quintaesencia de la modernidad.³ Tal como Kraus dijo en psicoanálisis: el islam radical es un síntoma de la enfermedad de la que pretende ser cura.

Las argumentaciones hasta aquí mencionadas son útiles para señalar que la creciente comprensión de que existen problemas modernos para los cuales no hay soluciones modernas apunta hacia la necesidad de moverse más allá del paradigma de la modernidad.

³ Para efectos de ampliar esta hipótesis se recomienda consultar la fuente.

2. OTROS DISCURSOS DESDE DONDE PENSAR ALTERNATIVAMENTE LAS DINÁMICAS DE LAS ORGANIZACIONES EN COLOMBIA

Es claro que las prácticas y los discursos administrativos se nutren de varias disciplinas, como la psicología, la antropología y la sociología, y también de varios enfoques, como el sistémico y el complejo. Esto último es señalado por González (2003) en un comentario sobre el artículo de Middgley (2003) titulado “Sciences as Systemic Intervention”. Así mismo, desde la propuesta de la Escuela de Montreal, las prácticas y discursos administrativos han de guardar una relación con las ciencias humanas (Aktouf, 2000). Para efectos del presente artículo se retoman algunos discursos de la sociología, particularmente por considerarla como la “disciplina científica que explica los procesos a través de los cuales los hombres y las mujeres establecen determinado tipo de relaciones sociales y a partir de ellas construyen y reproducen o cambian una forma concreta de realidad social” (Aliende, 2004: 22). Es claro que las organizaciones y sus dinámicas hacen parte de tales relaciones, transformaciones y realidad social, más si se asume, como lo concluyen Hernández *et al.* (2007: 110), que el objeto de estudio de la

administración es “la organización comprendida como un sistema social complejo, conformado por individuos que interactúan de formas particulares y dinámicas para el logro de determinados objetivos”. Estas organizaciones de diferentes tipos y con diversos niveles de complejidad

[...] no son exclusivamente un mecanismo de ordenamiento, sino un importante elemento de dinámica social [...] Se desarrolla entonces un creciente interés por comprender no sólo las implicaciones de las diferentes formas organizacionales sobre el desarrollo social, sino además por la comprensión de la lógica interna con la cual se crean y evolucionan. (p. 104)

Con el ánimo de continuar la discusión sobre lo que implica moverse más allá del paradigma de la modernidad, se acude a varios escritores y textos contemporáneos dentro del campo de la sociología. En primer lugar se toma la propuesta de Bauman; a continuación las propuestas de U. Beck; a renglón seguido la perspectiva poscolonial, la cual es desarrollada por varios autores; posteriormente se presentan algunos estudios recientes sobre las transformaciones del mundo del trabajo en América latina y, por último, algunos elementos del denominado pensamiento complejo.

2.1. Algunas de las propuestas de Bauman

La obra de Bauman es bien prolífica,⁴ no obstante, en relación con su visión sobre la modernidad, sostiene que así como “la confianza moderna se depositó en la *especie* humana, la confianza posmoderna reposa en los poderes de los *individuos* humanos” (2002: 123). Al hablar sobre los tiempos actuales, afirma:

El tiempo fluye y lo hace más rápidamente que en ningún período anterior; pero ya no podemos distinguir el cauce que lo mantiene en un curso predeterminado, si es que existe. Si la modernidad se enfrascó en la tarea de desincrustar a los individuos de los escenarios heredados, lo hizo para incrustarlos más sólidamente que nunca, para crear estructuras construidas a partir de diseños previos, y consecuentemente, más sólidos que los armazones incómodos, poco espaciosos, gastados, y en definitiva, poco fiables que constituían la herencia del antiguo régimen. La posmodernidad, es decir, la modernidad en su fase ‘líquida’ es la época de desincrustar sin reincrustar, de desarraigar sin plantar. (p. 124)

“Modernidad líquida” es un concepto acuñado por Bauman (2003) como una manera de apartarse del malentendido que las palabras “posmodernidad” y “posmodernismo” parecen crear. En ese sentido, la posmodernidad en tanto eje alrededor del cual se disponía todo lo nuevo y actual en la realidad social, fue acogida por Bauman, quien se alejó del término “posmodernismo”, el cual se asociaba a un programa, a una actitud, más que a algún rasgo particular del “mundo de ahí fuera”, esperando así que la posmodernidad designara la cualidad de un tipo particular de sociedad que resultaba ser la nuestra, y distinta de aquella de la de nuestros padres. “Hoy en día la confusión entre posmodernidad y posmodernismo no tiene solución, siendo que muchas veces ambas palabras se usan como sinónimos” (2003: 134). Por otro lado, para él la posmodernidad implicaba el fin de la modernidad, dejarla atrás, estar en la otra orilla, lo cual considera falso, ya que seguimos siendo tan modernos como siempre, “modernizando” obsesivamente cuanto cae en nuestras manos.

En relación con sus pensamientos acerca de la incertidumbre⁵ y la inseguridad, Bauman opina:

⁴ Para efectos de este artículo se acude a un texto que desarrolla Bauman en conjunto con Tester (2002) y que parece recoger en buena parte sus reflexiones; también fue consultada *Modernidad líquida* (2003).

⁵ Lo que en términos de Beck (2002) es el riesgo.

Este cambio ha producido volúmenes enormes de tensión y de ansiedad que los Estados-nación (los organismos tradicionalmente designados para cumplir esta función integradora y cohesionadora) no pueden (por carecer de recursos suficientes) o no desean aliviar ni, mucho menos, cortar de raíz. No hay cura evidente para el estado de incertidumbre y ansiedad, y es improbable que las fuentes que las producen se sequen. (Bauman y Tester, 2002: 126-128).

Otro concepto latente en el discurso de Bauman es “el individuo”, el cual se plantea como un sujeto ético, un actor social y también un producto de estrategias vitales específicas. “El individuo es, en todo caso, un concepto problemático, pero ni más ni menos que tantos otros que componen las narrativas sociológicas o, lo que viene a ser lo mismo, las narrativas de nuestra experiencia vital” (2002: 137). En este sentido, su propuesta apunta a concentrarse en la relación entre la individualidad y la sociedad, que en realidad es una faceta más de la compleja relación entre biografía e historia. La idea es centrar la atención en que la sociedad convierte a los humanos en “individuos”.

En cuanto al consumo, Bauman sostiene que todos vivimos en una sociedad de consumidores y no podemos evitarlo (al menos individualmente o en pequeños grupos). Vivir en esta sociedad de consumidores significa que se mide y evalúa, se alaba o denigra a sus miembros según los parámetros *adecuados* para la vida del consumidor. La astucia de cada quien en el mundo de los consumidores depende del volumen de recursos que pueda reunir y exhibir: quienes reúnan y exhiban poco serán consumidores defectuosos, fallidos, imperfectos, no superarán la prueba de la dignidad.

En este orden de ideas, Bauman (2002: 158) se pregunta “¿acaso los pobres no eran también ‘defectuosos’ en la sociedad de los *productores*?”⁶ Dada la diferencia en los parámetros, entonces los pobres eran productores defectuosos o contribuían demasiado a la riqueza de la nación en una época en que dicha contribución se medía por el volumen de trabajo más que por el consumo, pero defectuosos en cualquier caso. Ser defectuoso como productor o como consumidor tiene efectos distintos sobre la dignidad humana. La acusación por la presencia de “productores defectuosos”⁷

⁶ Para Bauman, la modernidad líquida implica el paso de la sociedad de los productores a la sociedad de los consumidores.

⁷ Los productores defectuosos son quienes no pueden acceder al trabajo, los desempleados y, por lo mismo, marginados (Bauman, 2002).

recaía sobre la sociedad y era la sociedad –la fuerza y la riqueza de la nación– la que temía sufrir cuando el número de defectuosos aumentaba. Invertir en la disponibilidad de los desempleados para reasumir su papel de productores “cuando llegaran tiempos mejores” significaba invertir en el bienestar futuro de todo el mundo. Ahora bien, en el caso de la *sociedad de los consumidores* invertir en los pobres puede ser un acto *moralmente* correcto, pero resulta evidente que carece de sentido *económico*. No aportará nada al bienestar del conjunto, ya que dejará menos dinero en el bolsillo del consumidor, con lo cual subirán los precios de los bienes y servicios. Los nuevos pobres⁸ viven en un mundo dominado por los criterios triunfantes de los ricos, lo cual no hace más que añadir el insulto a la herida:

[...] atomizados y pendencieros, despreciándose mutuamente ¿Con qué pueden soñar los consumidores defectuosos?, con volverse ricos y ganar así la dignidad merecida únicamente por los consumidores implacables, los ricos no son el enemigo sino el ejemplo a seguir. Se acabaron los cuentos del lustrabotas que llega a millonario trabajando duro, con frugalidad y abnegación. Otro cuento de hadas totalmente distinto

los ha sustituido: una persecución de momentos de éxtasis, en la que el protagonista gasta sin escatimar y va tropezando de un golpe de suerte a otro [...] la suerte y el infortunio [...] sólo se relacionan tenuemente con las acciones de los afortunados o los desafortunados [...] en este escenario surge con potencia el fenómeno de la corrupción, del aprovechamiento de las oportunidades cuando éstas se presentan, de ganancias que no se han ganado o de impuestos impagados. (Bauman, 2002: 160-162)

Hasta aquí, y para efectos de la propuesta a desarrollar en la última parte del artículo, se recogen de Bauman los conceptos “sociedad de consumidores”, “individuo” y “modernidad líquida”, nociones que van a articular características propias de las sociedades contemporáneas.

2.2. Elementos de la propuesta de Ulrich Beck

Beck es otro importante teórico a la hora de intentar comprender el mundo contemporáneo. Su propuesta sobre las sociedades del riesgo (2002) contiene elementos sustanciales para la realización de este trabajo, en tanto plantea la relación que sostienen las organizaciones con los discursos contemporáneos.

⁸ La idea de Bauman de *los nuevos pobres* es ampliamente desarrollada en el texto *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (2000). Los nuevos pobres serían los *consumidores defectuosos*.

Beck (2002) se ubica en un punto entre la modernidad y la posmodernidad. Habla del final de la sociedad industrial clásica con sus nociones de soberanía del Estado-nación, de automatismo del progreso, de clases, del principio de rendimiento, de la naturaleza, de realidad, de conocimiento científico. Según Beck “somos testigos (sujeto y objeto) de una fractura dentro de la modernidad, la cual se desprende de los contornos de la sociedad industrial clásica y acuña una nueva figura, a la que aquí llamamos ‘sociedad (industrial) del riesgo’” (p. 62).

Así mismo, Beck llama la atención sobre los riesgos empresariales y los efectos de la modernización plasmados en amenazas irreversibles para la vida de las plantas, los animales y los seres humanos. Al contrario de los riesgos empresariales y profesionales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, éstos ya no se limitan a lugares y grupos, pues tienden a globalizarse, abarcando la producción y la reproducción, y no respetan las fronteras de los Estados-nacionales. En consonancia, emergen entonces unas *amenazas globales* que, en este sentido, son *supranacionales* y no específicas de una clase, y poseen una dinámica social y política nueva. En la modernidad avanzada, escribe Beck:

[...] la producción social de riqueza va acompañada sistemáticamente

por la producción social de riesgos. Por tanto, los problemas y conflictos de reparto [...] son sustituidos por los problemas y conflictos que surgen de la producción, definición y reparto de los riesgos producidos de manera científico-técnica. (2002: 225)

Adicionalmente, Beck (en Beltrán y Cardona, 2005) define cinco tesis frente a la naturaleza del riesgo en las sociedades modernas:

- Los riesgos generados en el nivel más avanzado del desarrollo de las fuerzas productivas: la radioactividad o las sustancias tóxicas presentes en el aire, el agua y los alimentos, se sustraen a la percepción humana inmediata, producen daños sistemáticos y a menudo irreversibles, suelen permanecer invisibles y están abiertos a un proceso social de definición en tanto se establecen en el saber científico y pueden ser transformados, ampliados, reducidos o dramatizados desde allí, por lo cual se convierten en posiciones sociopolíticas clave.
- Los riesgos que generan situaciones sociales de peligro y contienen un efecto búmeran que trasciende el esquema de clases. Los ricos y poderosos no están seguros ante ellos. Constituyen peligros no sólo para la salud, sino también para la legitimación, la propiedad y la ganancia: las

desvalorizaciones y expropiaciones ecológicas que entran en contradicción con los intereses de ganancia y de propiedad que impulsan el proceso de industrialización. Al mismo tiempo producen nuevas desigualdades internacionales (entre naciones del tercer mundo y estados industrializados y entre los mismos estados industrializados).

- Pese a lo anterior, esta clase de sociedad no rompe con la lógica del desarrollo capitalista, pues los riesgos de la modernización se convierten en un gran negocio que cobra vida por sí mismo.
- Los riesgos resultan asignados civilizatoriamente. El saber adquiere así un nuevo significado político.
- Por último, lo que hasta el momento se consideraba apolítico se vuelve político, por ejemplo, la discusión sobre la muerte de los bosques adquiere un contenido político, donde la opinión pública cobra peso. Esto tiene sus consecuencias no sólo para la salud de la naturaleza y el ser humano, sino otro tipo de efectos secundarios sociales, económicos y políticos: hundimiento de mercados, desvalorización del capital, controles burocráticos sobre las decisiones empresaria-

les, apertura de nuevos mercados, costos altísimos y procedimientos judiciales, entre otros.

Según Beltrán y Cardona (2005: 30), los anteriores planteamientos han dado lugar a una serie de discusiones en torno al concepto del riesgo en las sociedades modernas. “[...] Se discute hasta qué punto los riesgos actuales tienen unas repercusiones globales y producen una precariedad universal [...] no es tan claro que eso que unos grupos perciben como un riesgo evidente sea compartido por otros grupos sociales o culturales”. La propia existencia de los riesgos depende del conocimiento que se tenga acerca de ellos, es decir, de la naturaleza construida de los mismos. Desde dicha óptica, que un determinado riesgo sea provocado o no por decisiones humanas se relativiza, pues la propia significación del riesgo, su percepción e interpretación como realidad social construida que es, no es unívoca. Un riesgo que los expertos científicos consideran objetivamente producto de la naturaleza, otros individuos pueden verlo relacionado con decisiones humanas, y viceversa. Beck (2002: 232) ha expresado con precisión y contundencia una situación paradójica: “nuestra sociedad conspira para alcanzar más seguridad y tranquilidad y, en cambio, produce más y más riesgo”, es decir, se produce una sociedad de la incertidumbre.

De la propuesta de Beck anteriormente señalada se extrae, para efectos de este artículo, que la noción de riesgo y/o incertidumbre acuñada por los actores de las organizaciones va a determinar sin lugar a dudas acciones particulares de éstas. De ahí que este sea uno de los elementos para construir la última parte del escrito y, por supuesto, sobrepasa la idea en términos meramente financieros.

2.3. La perspectiva poscolonial

Otra perspectiva de análisis para comprender las sociedades contemporáneas, o los mundos contemporáneos, se encuentra en los desarrollos conocidos como discursos poscoloniales. En este sentido, para referirse a tales discursos es necesario tener en cuenta que se trata de un enfoque reciente con múltiples aristas. Para comenzar, es relevante mencionar que en todos los casos dicha perspectiva plantea la necesidad de trascender la modernidad.

Boaventura de Sousa Santos (2003) ha argumentado enfáticamente que se evidencia un desplazamiento más allá del paradigma de la modernidad en dos sentidos: epistemológica y sociopolíticamente. Epistemológicamente este movimiento implica una

transición del dominio de la ciencia moderna a un panorama plural de formas de conocimiento. “Socialmente, la transición es entre el capitalismo global y las formas emergentes en las cuales nosotros sólo tenemos participación en los movimientos sociales de hoy⁹ y en eventos tales como el Foro Social Mundial” (p. 2).

Se habla entonces de lo que Escobar (2004: 88) llama la “hipercientificación de la emancipación” y la “hipermencantización de la regulación”. La primera se refiere a que las demandas de la sociedad han sido filtradas a través de la racionalidad de la ciencia; la segunda se refiere al hecho de que, según Escobar, la regulación moderna ha sido el mercado, “ser libre es aceptar su regulación”.

Tales configuraciones generan exclusiones a nivel global. El tamaño de la clase excluida varía de acuerdo con la centralidad del país en el sistema mundial, pero es particularmente asombrosa en Asia, África y Latinoamérica. El resultado es “un nuevo tipo de fascismo social como ‘un régimen social y civilizacional’; este régimen, paradójicamente, coexiste con sociedades democráticas, de ahí su novedad” (Escobar, 2004: 89). Dicho fascismo puede operar de varios modos: en términos de exclusión

⁹ Entre otros: movimiento feminista, movimiento de liberación sexual, movimiento LGBT, movimientos ciudadanos, ecológicos, de consumidores y usuarios de servicios, de minorías étnicas y lingüísticas, movimientos por la comunidad y contraculturales, y movimientos por los derechos humanos.

espacial, de territorios disputados por actores armados, del fascismo de la inseguridad y, por supuesto, del mortal “fascismo financiero”, que a veces dicta la marginalización de regiones y países enteros que no cumplen con las condiciones necesitadas por el capital en términos del dictamen del FMI. Escobar señala que es en el mal llamado “Tercer Mundo” donde se encuentran los mayores niveles de este fascismo social, fenómeno que ha sido creado por la “colonización desde arriba” o “globalización hegemónica”.

Se configura entonces la idea de un “nuevo imperio” (Escobar, 2004: 90) que opera entonces no tanto a través de la conquista, sino mediante la imposición de normas (mercados libres, democracia estilo Estados Unidos, nociones culturales de consumo y así en adelante). Este nuevo imperio se sostiene entre otras cosas a partir de la idea de “Tercer Mundo”: lugar donde ocurren las guerras y la explotación irresponsable de los recursos: petróleo, diamantes, madera, agua, los recursos genéticos y las tierras agrícolas. Ahora bien, ¿de dónde sale la categoría de Tercer Mundo? Para responder tal interrogante cabe recurrir a Mignolo (1996: 10-11), quien indica de dónde surgen los términos y clasificaciones de los mundos en tres:

[...] la angustia de Occidente por el surgimiento de las naciones socialis-

tas y, sobre todo, por el crecimiento económico y tecnológico de la Unión Soviética, inspiró la división del mundo en tres grandes categorías: Los países tecnológicamente desarrollados, organizados democráticamente; los países tecnológicos y económicamente desarrollados, gobernados por la ideología (no capitalista, no democrática); y los países tecnológicos y económicamente subdesarrollados. La enunciación se encuentra en el Primer Mundo y no en el Segundo ni en el Tercero. Ya que la clasificación se originó en países capitalistas democráticamente desarrollados, éstos se convirtieron naturalmente en el Primer Mundo y en el modelo de las clasificaciones posteriores.

El Tercer Mundo es, pues, una idea colonizadora mediante la cual se mantiene el sistema hegemónico denominado “eurocentrista”. Ahora bien, el colonialismo hace parte de la modernidad en tanto se argumenta lo siguiente:

- 1) La localización de los orígenes de la modernidad en la Conquista de América y el control del Atlántico después de 1492, mucho antes que los más comúnmente aceptados mojones como la Ilustración o el final del siglo XVIII; 2) la atención al colonialismo, poscolonialismo e imperialismo como constitutivos de la modernidad; esto incluye una determinación de no pasar por alto la

economía y sus concomitantes formas de explotación; 3) la adopción de una perspectiva planetaria en la explicación de la modernidad, en lugar de una visión de la modernidad como un fenómeno intra-europeo; 4) la identificación de la dominación de otros afuera del centro europeo como una necesaria dimensión de la modernidad; 5) una concepción del eurocentrismo como la forma de conocimiento de la modernidad/colonialidad—una representación hegemónica y modo de conocimiento que arguye su propia universalidad, “derivada de la posición europea como centro”— (Dussel, 2000: 471; Quijano, 2000: 549)- [...] En síntesis, hay una re-lectura del “mito de la modernidad” en términos de [su] lado oculto [...] y una nueva denuncia del supuesto de que el desarrollo europeo debe ser seguido unilateralmente por cualquier otra cultura, por la fuerza si es necesario —lo que Dussel (1993, 2000) denominó la “falacia desarrollista”—. (Escobar, 2004: 90)

Frente a este escenario, el pensamiento poscolonial plantea la necesidad de tener un “encadre alternativo” que implica tomar seriamente la fuerza epistemológica de las historias locales y pensar lo teórico a través de la praxis política de los grupos subalternos, es decir de lo que se co-

noce como razón poscolonial. Para el caso, Mignolo (1996: 11) argumenta a favor de “la razón poscolonial entendida como un grupo diverso de prácticas teóricas manifiestas a raíz de las herencias coloniales, sin decir que lo poscolonial sea un nuevo paradigma”.

Una de las suposiciones de Mignolo (1996) es que la teorización poscolonial lucha por un desplazamiento del *locus* de enunciación¹⁰ del Primer al Tercer Mundo. Tal lucha debe tener en cuenta que, según la clasificación, el Tercer Mundo (casi todo ubicado en el hemisferio sur del planeta) es tradicional, económica y tecnológicamente no desarrollado y su mentalidad obstruye la posibilidad de pensamiento utilitario y científico. Así, lo poscolonial tiene como característica sustancial cambiar el origen de la enunciación (producción de discurso) de acciones sociales que surgen en los países del Tercer Mundo y que invierten la imagen producida y sostenida por una larga tradición, desde la herencia colonial hasta la redistribución de la labor científica analizada y tecnológicamente subdesarrollada. Es decir, cambiar la idea de que el Tercer Mundo no puede producir teoría en ninguna de las ciencias, pues sólo es en el Primer Mundo donde ésta se construye, dado que allí no existen

¹⁰ Es el origen del discurso en términos de donde emerge.

las obstrucciones ideológicas para el desarrollo del pensamiento científico y teórico. En relación con esto, Mignolo reflexiona:

El asunto no es si una persona nacida en Holanda debe ser molinero y otra nacida en Nueva York debe ser corredor de bolsa, tampoco si alguien nacido en Holanda o en Nueva York tiene más autoridad en cuanto a molinos o a la bolsa se refiere, sino más bien, quién está hablando de qué, desde dónde y porqué”. (p. 21)

Castro (2005) señala cómo el surgimiento de los estudios poscoloniales y subalternos hacia finales del siglo XX, por parte de teóricos provenientes de las ex colonias europeas en Asia y Oriente Medio como Said, Bhabha, Spivak, Prakash, Chatterjee, Guha y Chakrabarty, empezó a mostrar que el colonialismo no es solamente un fenómeno económico y político, sino que posee una dimensión epistémica vinculada al nacimiento de las ciencias humanas, tanto en el centro como en la periferia. En este sentido cabría hablar de colonialidad antes que de colonialismo para destacar la dimensión cognitiva y simbólica de ese fenómeno.

Casi todos los autores mencionados por Castro (2005) han argumentado que las humanidades y las ciencias sociales modernas crearon un imaginario sobre el mundo social (el orien-

tal, el negro, el indio, el campesino), el cual no sólo fue útil para legitimar el poder imperial en lo económico y lo político, “sino que también contribuyó a crear los paradigmas epistemológicos de estas ciencias y a generar las identidades (personales y colectivas) de colonizadores y colonizados” (p. 20).

En este sentido, Castro (2005) se interesa particularmente en el papel otorgado por Said (1990, 1995) a las ciencias humanas en la construcción del imaginario colonial. El orientalismo encontró su lugar en la academia metropolitana desde el siglo XIX con la creación de cátedras sobre civilizaciones antiguas en el marco del gran entusiasmo generado por el estudio de las lenguas orientales. El punto central de este argumento es que el interés por el estudio de las antiguas civilizaciones asiáticas obedeció a una estrategia de construcción del presente colonial europeo. En el pasado del mundo asiático se buscaron los orígenes (las “raíces”) de la triunfante civilización europea. La filología parecía “comprobar científicamente” lo que filósofos como Hegel venían planteando desde finales del siglo XVIII: Asia no es otra cosa que el grandioso pasado de Europa. La civilización ciertamente “empezó” en Asia pero sus frutos fueron recogidos por Grecia y Roma, el referente cultural inmediatamente anterior de la Europa moderna.

El dominio europeo sobre el mundo requirió una legitimación ‘científica’, en la cual empezaron a jugar un papel fundamental las nacientes ciencias humanas: filología, arqueología, historia, etnología, antropología, paleontología. Al ocuparse del pasado de las civilizaciones orientales estas disciplinas ‘construyeron’, en realidad, el presente colonial europeo. (Castro, 2005: 24)

Según Castro (2005), aunque la inserción sistemática de teóricos latinoamericanos en el debate internacional sobre el poscolonialismo se gestó primero en universidades de los Estados Unidos, esto no significa que, por lo menos en este caso, la teorización poscolonial se haya realizado desde los Estados Unidos para América Latina. Buena parte del arsenal que alimenta la teorización latinoamericana sobre lo poscolonial surgió en países como México, con las obras pioneras del historiador Edmundo O’Gorman y del sociólogo Pablo González Casanova, en Brasil con los trabajos del antropólogo Darcy Ribeiro y en Argentina con la filosofía de la liberación desarrollada por Dussel en la década de 1970. No fueron influencias teóricas como las de Foucault, Deleuze y Derrida las que animaron algunas de estas obras, sino los desarrollos propios de las ciencias sociales en América Latina, en particular de la teoría de la dependencia. “Los críticos ignoran, además, que varios de los animado-

res actuales de este debate no son académicos que funcionan para la ‘teaching machine’ estadounidense sino profesores(as) y activistas que viven y trabajan en América Latina” (Castro, 2005: 42-43).

En su libro *Local Histories/Global Designs*, Mignolo (en Castro, 2005: 51) afirma que la conquista de América significó no sólo la creación de una nueva “economía-mundo” (con la apertura del circuito comercial que unía el Mediterráneo con el Atlántico) sino, también, la formación del primer gran “discurso” (en términos de Said y Foucault) del mundo moderno. En polémica con Wallerstein, Mignolo argumenta que los discursos universalistas que legitimaron la expansión mundial del capital no surgieron durante los siglos XVIII y XIX sobre la base de la revolución burguesa en Europa sino que aparecieron ya desde mucho antes, durante el “largo siglo XVI” y coincidiendo con la formación del “sistema mundo moderno/colonial”. El primer discurso universalista de los tiempos modernos no se vinculó con la mentalidad burguesa liberal sino, paradójicamente, con la mentalidad aristocrática cristiana; se trata, según Mignolo, del discurso de la limpieza de sangre. Este discurso operó en el siglo XVI como el primer esquema de clasificación de la población mundial. Aunque no surgió en el siglo XVI sino que se gestó lentamente durante la Edad Media

cristiana, el discurso de la pureza de sangre se tornó hegemónico gracias a la expansión comercial de España hacia el Atlántico y el comienzo de la colonización europea. Una matriz clasificatoria perteneciente a una historia local (la cultura cristiana medieval europea) se convirtió, en virtud de la hegemonía mundial adquirida por España durante los siglos XVI y XVII, en un diseño global que sirvió para clasificar a las poblaciones de acuerdo con su posición en la división internacional del trabajo.

La “colonialidad del poder” (categoría clave para Castro) hace referencia, inicialmente, a una estructura específica de dominación a través de la cual fueron sometidas las poblaciones nativas de América a partir de 1492. Aníbal Quijano (en Castro, 2005) es quien utiliza por primera vez la categoría, y afirma que los colonizadores españoles entablaron con los colonizados amerindios una relación de poder fundada en la superioridad étnica y epistémica de los primeros sobre los segundos. No se trataba tan sólo de someter militarmente a los indígenas y destruirlos por la fuerza, sino de transformar su alma, de lograr que cambiaran radicalmente sus formas tradicionales de conocer el mundo y de conocerse a

sí mismos, adoptando como propio el universo cognitivo del colonizador.

Castro sostiene que “bajo las nuevas condiciones creadas por el capitalismo posfordista¹¹ asistimos a una reorganización posmoderna de la colonialidad, que aquí denomino ‘poscolonialidad’” (2005: 65). Para soportar su hipótesis, Castro se basa en los trabajos de Hardt y Negri (2001).

Según Castro (2005), la tesis general de Hardt y Negri es que tanto el imperialismo como el colonialismo, en tanto dispositivos modernos de explotación del trabajo humano, han llegado a su fin porque actualmente el capital ya no requiere de esas formaciones históricas para reproducirse. Por el contrario, el imperialismo y el colonialismo, que fueron muy útiles durante más de 400 años a la expansión del capital, llegaron a convertirse en un obstáculo para el capitalismo global, razón por la cual fueron rebasados por la dinámica del mercado mundial.

No es la fabricación de objetos físicos sino la manipulación de datos, imágenes y símbolos lo que caracteriza a la economía posfordista. Esta hegemonía del trabajo inmaterial

¹¹ Para ampliar el tema de las características del fordismo según Coriat y otros, y el posfordismo como nueva configuración del sistema de producción contemporáneo, se recomienda consultar a Mora (2008) en *Organizaciones líquidas: retos de las responsabilidad social*.

requiere que la producción deje de estar atada a territorios específicos y que la fábrica deje de ser la sede paradigmática del trabajo. La globalización no sólo ha trasladado la producción fuera de los muros territoriales de la fábrica, transformando radicalmente la relación entre capital y trabajo, sino que ha convertido al colonialismo en una reliquia histórica de la humanidad. En el momento “cuando el conocimiento se convierte en la principal fuerza productiva del capitalismo global, reemplazando al trabajo físico de los esclavos y al trabajo maquinal de la fábrica, el colonialismo deja de ser necesario para la reproducción del capital” (Hardt y Negri, 2001: 286-297).

Para Castro (2005), las ideas de Hardt y Negri son valiosas pero incompletas, pues no está de acuerdo en que el colonialismo haya llegado a su fin, más bien considera que ha emergido una nueva etapa denominada “poscolonialismo”. Así, para Castro (2005) el diagnóstico que ofrecen Hardt y Negri es incompleto porque no toma en cuenta uno de los aspectos fundamentales del poder

imperial: su “rostro poscolonial”. En la lista de los cambios estructurales que los autores analizan con gran perspicacia (de la soberanía moderna a la posmoderna, del imperialismo al Imperio, de la economía fordista a la posfordista, de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control)¹² hay uno que brilla por su ausencia: el cambio de la colonialidad a la poscolonialidad.

Esta poscolonialidad afectaría todas las ideas sobre el desarrollo. Así, de acuerdo con Castro (2005), durante las décadas de 1960 y 1970 los Estados-nacionales—apoyados en el diagnóstico de las ciencias sociales, en particular de la economía—definieron el desarrollo de los países del Tercer Mundo tomando como referencia los indicadores de industrialización. Se suponía que el desarrollo económico dependía del desdoblamiento de la industria, de tal manera que el subdesarrollo correspondía a una etapa histórica preindustrial. Salir del subdesarrollo equivalía a promover el despegue del sector industrial, lo cual redundaría en un aumento del ingreso per cápita, de los índices de

¹² El tema del paso de la sociedad de la disciplina a la sociedad del control aparece detallado por Deleuze en 1991. En términos muy sucintos la nueva sociedad, la del control, es una modular, donde la cifra marca el acceso a la información o el rechazo. En la sociedad del control, la empresa reemplaza a la fábrica, ya no compra materias primas y vende productos terminados: compra productos terminados o monta piezas. Lo que quiere vender son servicios y lo que quiere comprar son acciones. Ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir para la venta y para el mercado. El servicio de venta se ha convertido en el centro o el “alma” de la empresa. El *marketing* es sin duda el instrumento de control social. El control es a corto plazo y de rotación rápida, pero también continuo e ilimitado.

alfabetización y escolaridad, de la esperanza de vida, etc. Para los desarrollistas se trataba de generar el tránsito de la sociedad “tradicional” a la “moderna”, pues suponían que la modernización representaba un *continuum* en el cual el subdesarrollo era la fase inferior del desarrollo pleno. Promover la modernización se convirtió en el objetivo central de los estados asiáticos, africanos y latinoamericanos durante estas décadas. En ese contexto se hacía urgente la intervención estatal en sectores clave como la salud, la educación, la planificación familiar, la urbanización y el desarrollo rural. Todo esto hacía parte de una estrategia diseñada por el Estado para crear enclaves industriales que permitieran, de forma paulatina, eliminar la pobreza y “llevar el desarrollo” a todos los sectores de la sociedad.

Las poblaciones subdesarrolladas del Tercer Mundo eran vistas como objeto de planificación y el agente de esta planificación biopolítica¹³ debía ser el Estado, cuya función era elimi-

nar los obstáculos para el desarrollo, es decir, erradicar, o en el mejor de los casos disciplinar, los perfiles de subjetividad, tradiciones culturales y formas de conocimiento que no se ajustaran al imperativo de la industrialización (Castro, 2005: 78-79).

Escobar (2004) muestra que hacia los años 80 la idea del desarrollo industrial se debilitó y comenzó a ser reemplazada por otra diferente: la del desarrollo sostenible. Según Escobar, el capital sufre un cambio significativo en su forma y adquiere, paulatinamente, un rostro posmoderno. Esto significa que ciertos aspectos considerados por el desarrollismo moderno como variables residuales (la biodiversidad, la conservación del medio ambiente o la importancia de los sistemas no occidentales de conocimiento) pasan a convertirse en elementos centrales de las políticas globales del desarrollo. Para Escobar el desarrollo sostenible no es otra cosa que la reconversión posmoderna del desarrollismo moderno. El desarrollo económico ya no se mide por los ni-

¹³ Para Foucault, la biopolítica “es la manera como se ha procurado, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas [...] prácticas que adquieren su agudeza desde el marco racional del liberalismo” económico (2007 [1979]: 359). Para Foucault, se destaca la proposición del poder sobre la vida y el uso de la política para ejercerlo. Se hace uso de procesos disciplinarios (escuelas y ejército) para aumentar el control sobre la población; se administran los fenómenos que surgen de las relaciones individuales, permitiendo conocer un nuevo comportamiento social y así plantear una intervención de un poder regulador. Surge el ejercicio del poder (política) en tanto defiende la vida, y como consecuencia la normatiza. A partir de este momento se puede matar para defenderla. Para Deleuze este poder se ejerce más allá de la disciplina en las sociedades del control (Garcés, 2005).

veles materiales de industrialización, sino por la capacidad de una sociedad para generar o preservar capital humano. Mientras el desarrollo de los 60 y 70 sólo tenía en cuenta el aumento de “capital físico” (productos industrializados) y la explotación de “capital natural” (materias primas), el desarrollo sostenible pone en el centro de sus preocupaciones la generación de “capital humano”, esto es, la promoción de los conocimientos, aptitudes y experiencias que convierten a un actor social en sujeto económicamente productivo. La posibilidad de convertir el conocimiento humano en fuerza productiva, sustituyendo al trabajo físico y a las máquinas, se transforma en la clave del desarrollo sostenible.¹⁴

Hoy en día la fuerza de trabajo hegemónica no está compuesta por trabajadores materiales, sino por agentes capaces de producir y administrar conocimientos e informaciones. En otras palabras, la nueva fuerza de trabajo en el capitalismo global se define por su “capacidad de manipular símbolos”. Esto no quiere decir solamente que los computadores y las nuevas tecnologías de la infor-

mación forman parte integral de las actividades laborales de millones de personas en todo el mundo y que la familiaridad con estas tecnologías se convierte en un requisito fundamental para acceder a los puestos de trabajo; significa, más aún, que el modelo de procesamiento de símbolos, típico de las tecnologías de la comunicación, se está convirtiendo en el modelo hegemónico de producción de capital. De acuerdo con dicho modelo, la economía capitalista se está reorganizando con base en el conocimiento producido por ciencias como la biología molecular, la ingeniería genética o la inmunología, y por corrientes de investigación como el genoma humano, la inteligencia artificial y la biotecnología.

Para Hardt y Negri (2001), como para Escobar (2004), el capitalismo posmoderno es un régimen biopolítico porque construye la naturaleza y los cuerpos mediante una serie de bioprácticas en las cuales el conocimiento resulta fundamental. Todo lo anterior obviamente apunta hacia el discurso de las sociedades del conocimiento y, por supuesto, hacia la gestión del mismo.

¹⁴ El desarrollo sostenible puede definirse como “un desarrollo que satisfaga las necesidades del presente sin poner en peligro la capacidad de las generaciones futuras para atender sus propias necesidades”. Esta definición fue empleada por primera vez en 1987 en la Comisión Mundial del Medio Ambiente de la ONU, creada en 1983. Los economistas que se preocupan por el desarrollo sostenible señalan que la satisfacción de las necesidades del futuro depende de cuánto equilibrio se logre entre las necesidades sociales, económicas y ambientales en las decisiones que se toman ahora (Castro, 2005: 101).

En este sentido, el rol de las organizaciones (empresas o no) cobra vital importancia en cuanto a la manera como desde allí se entienda lo que significa “sumarse” al paradigma de la sociedad del conocimiento, con el único fin de mantener la hegemonía de unos pocos frente a los intereses de todos. De allí la necesidad de plantearse un esquema diferente, un espectro que permita vislumbrar que otro mundo es posible y que otras estrategias han de forjarse. A partir de esta necesidad Castro (2005) ejemplifica claramente:

El interés de las Naciones Unidas en la conservación y gestión de este ‘patrimonio’ es claro: los recursos genéticos tienen valor económico y significan beneficios para las empresas que trabajan con tecnologías de punta en el campo de la biotecnología y la ingeniería genética. De este modo el manejo de información y lenguajes abstractos –lo que H y N llaman ‘producción inmaterial’– se coloca en el centro de la empresa capitalista posmoderna, pues la identificación, alteración y transferencia de material genético a través del conocimiento tiene aplicaciones económicas en el campo de la agricultura y en el de la salud. En el sector de la agricultura la biotecnología trabaja en el incremento de la producción de alimentos mediante la producción de plantas transgénicas más resistentes a plagas e insectos y menos vulnerables a la fumigación con químicos.

En 1999 90% de la soja producida en Argentina y 33% del maíz producido en los Estados Unidos eran procedentes de cultivos transgénicos y este porcentaje aumenta para productos como algodón, tomate, tabaco, caña de azúcar, espárrago, fresa, papaya, kiwi, cebada, pepino y calabacín. La reconversión biotecnológica del agro es un negocio redondo para la industria alimenticia, controlada por un puñado de empresas especializadas en la investigación biotecnológica. Lo mismo ocurre en el sector de la salud. La industria farmacéutica se concentra en la producción de medicamentos de base biológica que son utilizados en el tratamiento de enfermedades como el cáncer, la hemofilia y la hepatitis B, sin mencionar la creciente producción de medicamentos genéricos y de psicofármacos. Se estima que el mercado de los medicamentos derivados de extractos vegetales o productos biológicos genera utilidades que oscilan alrededor de los 400 mil millones de dólares anuales; estas ganancias se concentran en manos de un reducido número de empresas multinacionales que monopolizan la investigación de punta [...] el tema de la biodiversidad nos coloca frente a un sector estratégico de la economía global, seguramente el que redefinirá el tablero de la geopolítica en el siglo XXI puesto que el acceso a la información genética marcará la diferencia entre el éxito y el fracaso económico. Las empresas multina-

cionales tienen los ojos puestos en los recursos genéticos, manipulables a través del conocimiento experto, cuya mayor variedad se encuentra en los países del Sur [...] y las patentes y la propiedad intelectual [se convierten en mecanismos para tal negocio]. (pp. 82-83)

La propiedad intelectual es un concepto jurídico de carácter transnacional amparado por las Naciones Unidas a través de la OMPI (Organización Mundial de Propiedad Intelectual) que protege y regula las “creaciones e innovaciones del intelecto humano” como las obras artísticas y científicas. De acuerdo con esta norma cuando los productos inmateriales implican algún tipo de innovación tecnológica que tenga aplicación comercial pueden ser patentados por sus autores y utilizados como si fueran propiedad privada. Una patente se define como la concesión que otorga el Estado a un inventor para que explote comercialmente su producto de manera exclusiva durante cierto tiempo. En el caso de la biodiversidad y los recursos genéticos las empresas multinacionales que trabajan con tecnologías de punta pueden alegar que cualquier alteración genética de la flora y la fauna implica una actividad inventiva del intelecto que tiene aplicación directa en la industria agraria o farmacéutica y que, por tanto, tiene derecho a ser protegida por patente.

Las patentes son el mecanismo jurídico a través del cual se legitiman las nuevas formas de expropiación colonial del conocimiento. Así, afirma Castro (2005: 92) que “la colonialidad del poder no ha muerto sino que ha cambiado su forma; esto no quiere decir que las formas modernas de la colonialidad hayan desaparecido sino que han aparecido otras formas que son afines a los nuevos imperativos de la producción inmaterial”.

A todas estas formas de “dominación” es a lo que se denomina poscolonialidad. Por otra parte, y a manera de complemento, la tolerancia frente a la diversidad cultural se ha convertido en un valor políticamente correcto, pero sólo cuando esa diversidad pueda ser útil para la reproducción de capital. El indígena, por ejemplo, ya no es alguien que pertenece al pasado social, económico y cognitivo de la humanidad, sino un “guardián de la biodiversidad” (Ulloa, 2004). De ser obstáculos para el desarrollo económico de la nación, ahora los indígenas son vistos como indispensables para el desarrollo sostenible y sus conocimientos tradicionales son elevados a la categoría de “patrimonio inmaterial de la humanidad”. Sin embargo, aunque los saberes de las comunidades indígenas o negras pueden ser vistos como “útiles” para la conservación del medio ambiente, la distinción entre “conocimiento tradicional” y “ciencia”, elaborada por la Ilustración durante el siglo XVIII,

continúa vigente: el primero sigue siendo un conocimiento anecdótico, no cuantitativo, carente de método, mientras el segundo, a pesar de los esfuerzos transdisciplinarios de las últimas décadas, es tenido aún como el único conocimiento epistémicamente válido.

En conclusión, de lo anotado en relación con el discurso poscolonial, es importante considerar para la construcción de la propuesta final del artículo las ideas sobre el papel de las multinacionales frente a la gestión de las organizaciones, la innovación como elemento crucial frente al discurso de la creación y gestión del conocimiento, la noción misma de la nueva colonización o poscolonialismo como nuevo escenario de control y, finalmente, los movimientos sociales.

2.4. Discursos en torno a las transformaciones del trabajo

El papel jugado por las organizaciones y particularmente por las empresas en el escenario de la modernidad ha sido fundamental, y en esa misma medida lo es también en el proceso de transformación de la sociedad hacia los aspectos señalados con anterioridad. No puede desligarse la responsabilidad de las organizaciones frente al hecho de tener una sociedad que perjudica a quienes no tienen acceso al trabajo y que se

regula por los parámetros del mercado y el consumo. Todo esto bajo la creencia de los paradigmas mismos de la modernidad.

Los impactos no se han hecho esperar, y en el caso particular de América Latina son varias las investigaciones alrededor de las consecuencias de adoptar un modelo sin su necesaria discusión. Al respecto, Schettini y Sarmiento (2000: 97-99) exponen cómo el derrumbe del ciclo expansionista, que la economía capitalista mundial conoció entre la inmediata posguerra y los primeros años de la década de los 70, abrió un periodo de profundas transformaciones sociales y políticas. Estas reestructuraciones dieron lugar a una fase de acumulación caracterizada por la globalización del capital, por un nuevo equilibrio entre política y economía, traducido en el ensanchamiento de la esfera autónoma del mercado en detrimento de la acción estatal, y por el hundimiento del mundo laboral fordista, evidenciado en la flexibilización de los contratos de trabajo, la precarización y el desempleo estructural. El nuevo panorama social, con fábricas abandonadas, vendedores callejeros de miles de productos hechos en instalaciones altamente automatizadas, hombres y mujeres vagando cotidianamente en busca del trabajo perdido, campesinos expulsados de sus tierras por obra de la transformación capitalista del mundo rural y la destrucción

mercantil de los recursos naturales, la *guetificación* urbana en los extremos de la pirámide social, contingentes de hombres, mujeres y niños alimentándose de las sobras de las casas de comidas rápidas, llevó a los teóricos sociales a ocuparse de la “nueva cuestión social” de fin de siglo: la exclusión, esta vez generada dentro del mundo del trabajo y manifiesta en los altos índices de desempleo y subempleo. “A este panorama poco alentador respecto de la evaluación cuantitativa del empleo en la región latinoamericana, habría que sumarle la degradación de la condición laboral por obra de la adopción de regímenes de trabajo flexibles y el reflujó del poder imperial” (Schettini y Sarmiento, 2000: 106).

La situación de extrema desigualdad, sumada a la preocupante migración hacia el subempleo y al empleo informal, son índices inequívocos de que en la empresa no existe la preocupación por el bienestar de las comunidades, y que incluso parecen favorecer una pérdida constante del mismo.

Moise (2000: 140-146) complementa esta mirada al hablar del daño psicológico que significa para la mayoría de los habitantes de la Tierra la desocupación masiva y la precarización laboral. Este daño consiste en instalar un “horizonte de amenaza”, como una inseguridad crónica comparable con la que produce una guerra mundial. Existen en Amé-

rica Latina diversas modalidades de trabajo que escapan a la noción convencional de empleo. Dichas modalidades pueden asumir un carácter individual, como es el caso de los autoempleados, o colectivo, organizado en familias, asociaciones, pequeñas organizaciones comunitarias, etc. No siempre el trabajo en estos ámbitos tiene motivaciones exclusivamente económicas, si bien en la mayoría de los casos surge de la necesidad de obtener ingresos.

El trabajo también puede ser solidario, movilizador de energías sociales, participativo, dirigido a mejorar la infraestructura social. La intención de la investigación de Moise (2000) es abordar el trabajo entendiéndolo tanto desde su función generadora de ingresos como en sus efectos sobre la calidad de vida, es decir, como satisfactor de necesidades humanas y catalizador de capacidades sociales.

Disociar el trabajo de la producción negándole al sujeto su carácter de productor de bienes, creador de tecnologías e instrumentos y generador de riqueza, supone ignorar al trabajo como un rasgo constitutivo de lo humano, ya que de este modo es el sujeto quien queda despojado de su condición de productor-protagonista de procesos sociales e históricos. (p. 143)

Para esta teórica, el trabajo es un organizador central en la vida de las

personas. Cuando este ordenador se fractura, afecta directamente la identidad y produce alteraciones en los ritmos vitales del sujeto. Además de las monetarias, hay también una serie de ventajas que ofrece el trabajo: son las ventajas comunitarias que integran al hombre en un ámbito social y le permiten escapar del aislamiento, creando relaciones sociales sólidas. Más aún, en la experiencia humana la falta de un entorno colectivo que afecta tanto a la familia como a la vida privada y que tradicionalmente modeló buena parte de la sociedad, resulta más peligrosa que el desempleo.

La satisfacción en el trabajo puede estar relacionada con el producto, con la aprobación que se recibe de una figura valorada, puede derivar también de un sentido de cooperación con otro sin descartar cierta erotización de las técnicas involucradas en la realización de la tarea misma. No obstante, la satisfacción en el trabajo es, en la actualidad, tasada enteramente en términos de salarios y horas no sólo por patrones, sino hasta por los mismos empleados [...] indudablemente, el impacto subjetivo causado por la desocupación es un ingrediente más en nuestra época, en cuanto al deterioro de la salud en general y de la salud mental en particular. (Moise, 2000: 145)

Para concluir, Moise invita a reflexionar sobre el hecho de que no se crea una sociedad con sujetos constructores de su bienestar y el de sus grupos generando temores, desesperanza e inseguridad hacia un futuro donde la inclusión está entre signos de interrogación. Por esta razón, propone que “es necesario que desde diferentes disciplinas aportemos todos nuestros esfuerzos posibles para modelar una nueva cultura del trabajo que incluya, sí, a la economía, pero también a la construcción de un sujeto con identidad como su producto más creativo y valioso, para sí mismo y para los demás” (2000: 146).

Otra visión en relación con los cambios en el mundo del trabajo es presentada por Cortazzo (2000), quien considera que a partir de la reestructuración del Estado¹⁵ –que significó apertura económica (comercial y financiera), privatizaciones, nuevas formas de contratación, modificación de la legislación laboral– se pone de manifiesto el sueño de “modernización”, la entrada al Primer Mundo y la promesa del desarrollo económico. Pero este fenómeno presenta un aspecto contradictorio:

[...] por un lado, éxito en algunos indicadores económicos; por el otro la cara más cruda de la realidad, es decir, índices bochornosos de desocu-

¹⁵ Particularmente en el caso de los Estados latinoamericanos.

pación y subocupación, alarmante crecimiento del trabajo negro –todo eso sostenido por medidas cada vez más injustas– y retirada lenta, pero segura, de todo tipo de prestación social por parte del Estado. (p. 153)

Hay, entonces, cambios en el mundo del trabajo –y las formas que predominan son las diversas variantes de su precarización–, el cual asume formas de *sumergido*, muy desvalorizadas, que tienden a no valorar al sujeto sino más bien apuntan a su marginación, a su exclusión no sólo del salario, también de otras esferas como por ejemplo la diversión, la educación, la expresión artística. Es así como Cortazzo (2000: 179-180) propone:

En estos tiempos en que crecen las diversas formas precarias de trabajo, el desempleo y subempleo, es necesario para nosotros como científicos sociales, indagar cuáles son las nuevas manifestaciones que presenta el trabajo, así como pensar, analizar y proponer estrategias no sólo de sobrevivencia sino también de solidaridad en vías de suponer este *impasse*; consideramos que la relación entre origen de las personas/clase social/trabajo (no trabajo) es casi lineal, es decir, a malas condiciones de vida corresponden malas condiciones de

trabajo y, por ende, malas condiciones de educación, de vivienda, de saneamiento básico, de salud.

Para Cortazzo (2000), hay una tendencia a modificar las relaciones capital/trabajo a través de medidas como la flexibilización laboral, la privatización de las empresas del Estado, la modificación de los procedimientos de negociación colectiva de trabajo, la nueva legislación sobre accidentes de trabajo y la creación de empresas privadas para regirla,¹⁶ la privatización de la jubilación por medio de la creación de fondos privados, así como a través de las innovaciones tecnológicas y organizacionales implementadas por las empresas: reingeniería, TQM, *Just and time*, cambios en las formas de remuneración y reducción del gasto social vía privatización de la seguridad social. Estas transformaciones inciden fuertemente en las formas de vivir, morir y enfermar, en el desempleo y en el fortalecimiento de las variantes del mercado negro de trabajo, llámese precario o informal.

Todas las realidades actuales antes señaladas han sido posibles gracias a la intervención de las organizaciones, es decir, gracias a la implementación de lo que en el seno de la dirección de las organizaciones –so-

¹⁶ Para el caso colombiano se trata de las Cooperativas de Trabajo Asociado y temporales mediante las cuales se contratan los servicios de personal en muchas empresas del país, sobre todo en las principales ciudades.

bre todo en el sector privado (sin ser raros los casos en el sector público)—se consideran las mejores prácticas del “buen gobierno corporativo”¹⁷ que parte del supuesto de conocer y aplicar un conjunto de reglas que permitan a la empresa maximizar sus ganancias para los inversionistas. Desde aquí, el planteamiento de lo que significa la gestión y el papel de las organizaciones se centra en un paradigma simplificador, eminentemente modernizante y que nada parece tener que ver con el papel que las organizaciones deben desempeñar en una sociedad como la colombiana, en aras justamente de transformarla.

Por todo lo anterior, es necesario reconfigurar, o al menos conocer, la mirada que tienen las organizaciones frente a las transformaciones en el mundo de trabajo; de allí que ese sea un elemento a considerar en la propuesta final.

2.5. El pensamiento complejo

Según Morin (2007), hoy en día se vive bajo el imperio de los principios de *disyunción, reducción y abstrac-*

ción, cuyo conjunto constituye lo que ha denominado el “paradigma de simplificación” (positivismo). Descartes formuló ese paradigma maestro de Occidente desarticulando al sujeto pensante (*ego cogitans*) y a la cosa extensa, es decir, filosofía y ciencia, y postulando como principio de verdad las ideas “claras y distintas”, es decir, al pensamiento disyuntor mismo.

Este paradigma, “que controla la aventura del pensamiento occidental desde el siglo xvii, ha permitido, sin duda, los enormes progresos del conocimiento científico y de la reflexión filosófica; sus consecuencias nocivas ulteriores no se comienzan a revelar hasta el siglo xx” (Morin, 2007: 29), sin embargo ha sido incapaz de explicar y concebir la complejidad de la realidad.

Si se plantea la pregunta sobre qué es la complejidad, una posible respuesta está dada por Langrand-Escure y Thiétart (1997) cuando subrayan que a primera vista es un fenómeno cuantitativo ligado a la extrema variedad de elementos y de interacciones entre ellos. Al mirar con más atención,

¹⁷ Si se entiende el Gobierno Corporativo (la manera como deben ser gerenciadas y gestionadas las organizaciones) como la organización colectiva del proceso decisional o como las empresas tienen que ver con los medios a través de los cuales aquellos quienes proporcionan fondos financieros aseguran una retribución adecuada de sus inversiones, se puede apreciar que ambas se refieren a los mecanismos o al conjunto de sistemas de control por medio de los cuales se consigue que las empresas sean gestionadas eficientemente por parte de sus equipos directivos, para crear valor en beneficio de los accionistas que aportan el capital necesario (Ganga y Vera Garnica, 2008).

la complejidad es efectivamente el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones y azares que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es como la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre. De allí la necesidad que tiene el conocimiento de poner orden en los fenómenos, rechazando el desorden y descartando lo incierto, es decir, de seleccionar los elementos de orden y certidumbre, de quitar ambigüedad, clarificar, distinguir, jerarquizar. Pero tales operaciones, inevitables para la inteligibilidad, corren el riesgo de producir ceguera si eliminan los otros caracteres de lo complejo, como ya lo enuncia Morin (2007).

De acuerdo con él, la complejidad ha vuelto a las ciencias por la misma vía por la que se había ido. El desarrollo mismo de la ciencia física, que se ocupaba de revelar el orden impecable del mundo, su determinismo absoluto y perfecto, su obediencia de una ley única y su constitución a partir de una materia simple primigenia (el átomo), se ha abierto finalmente a la complejidad de lo real. Se ha descubierto en el universo físico un principio “hemorrágico de degradación y de desorden” (segundo principio de la termodinámica); luego, en el supuesto lugar de la simplicidad física y lógica, se ha descubierto la extrema complejidad microfísica; la

partícula no es un ladrillo primario, sino una frontera sobre una complejidad tal vez inconcebible; el cosmos no es una máquina perfecta sino un proceso en vía de desintegración y, al mismo tiempo, de organización.

Finalmente, se hizo evidente que la vida no es una sustancia, sino un fenómeno de auto-eco-organización extraordinariamente complejo que produce la autonomía. Desde entonces es evidente que los fenómenos antrosociales no podrían obedecer a principios de inteligibilidad menos complejos que aquellos requeridos para los fenómenos naturales. Hizo falta afrontar la complejidad antrosocial en vez de disolverla u ocultarla. La dificultad del pensamiento complejo es que debe enfrentar lo entramado (el juego infinito de inter-retroacciones), la solidaridad de los fenómenos entre sí, la incertidumbre, la contradicción. En relación con la gestión de las organizaciones, en palabras de Langrand-Escure y Thiétart:

Las dificultades ligadas a la gestión de las organizaciones invitan a adoptar una nueva perspectiva fundada sobre las teorías de la complejidad. Varios caminos se desprenden de los trabajos realizados en este sentido, dejando así esperar que la gestión de las organizaciones pueda conseguir parte de la variedad inherente a lo real, desarrollando los complementos y las fuentes de aprendizaje que ella supone, más bien que intentar

reducir y eliminar los conflictos que ella genera. El camino es aún largo, sin duda, sobre todo si no se renuncia al paradigma de la jerarquía, la linealidad y el control que hasta ahora la ha caracterizado. (1997: 370)

Como lo señalan Langrand-Escure y Thiétart (1997: 361), toda organización compleja combina tres tipos de interdependencia: por una parte con su ambiente, por otra parte con quienes la componen y, finalmente, entre los mismos miembros que la conforman. A estas interdependencias corresponden tres tipos de incertidumbre a los cuales se ve confrontada: una general, ligada a la imposibilidad de razonar en términos de causalidad lineal; una contingente, debida al hecho de que el resultado de la acción está en parte determinado por las acciones de los elementos del ambiente, y, finalmente, una incertidumbre interna que atañe a las partes que la constituyen. Estas observaciones muestran que, en efecto, toda organización social reposa sobre la participación activa de los individuos interdependientes que tratan en función de sus intereses particulares, según unas lógicas de acción propias y que “pegan” al sistema sus respectivas finalidades. De las interdependencias entre los actores que interactúan en el seno de un sistema social, se deduce que toda acción de uno de ellos repercute necesariamente sobre la actividad de una parte o del conjunto de los otros.

Los principios del pensamiento complejo propuesto por Morin (en Hernández *et al.*, 2007) son: *dialógico*, en un mismo ambiente actúan fuerzas que son complementarias, antagónicas y concurrentes; *recursividad*, los productos y los efectos son al mismo tiempo causas y productores de aquello que los produce, y *hologramático*, el todo es más y menos que la suma de las partes. Tales principios marcan entonces tres nociones para comprender la organización: la *auto-organización*, capacidad de las organizaciones para crearse, mantenerse, ser autónomas y autocontrolarse; la *reorganización*, capacidad de las organizaciones de transformarse y evolucionar permanentemente, y la *eco-organización*, capacidad de las organizaciones para relacionarse con su entorno, transformándolo y transformándose a partir de estas interdependencias.

Para Etkin (2003), la solidaridad y la cooperación son los valores que deben guiar a las organizaciones para que su ejercicio de gobernabilidad sea más democrático, transparente y participativo. Este autor también identifica en la recursividad y la reflexividad los procesos que hacen viable a una organización, entendida la viabilidad como la posibilidad de autocontrol, es decir, de generar las acciones necesarias para adaptarse a la realidad cambiante. Aquí el desarrollo de una capacidad de aprendizaje es condición *sine qua non* para

la sostenibilidad. “Estamos pensando en la organización como un proyecto educativo, que le permite evaluar sus propias necesidades y cubrirlas mediante nuevos criterios para la elección de personal, la capacitación y otras formas de inversión en el capital humano” (p. 27). El producto de tales procesos es un modelo de organización con una visión conjunta y no individual, en donde la cohesión se fundamenta en las formas de relaciones establecidas entre sus miembros, reconociendo la pluralidad. De acuerdo con Etkin, el vínculo del pensamiento complejo con las organizaciones se encuentra en generar una estrategia para gestionar el cambio, que es el escenario real donde están inmersas. Es la posibilidad de reinventarse continuamente.

Del pensamiento complejo se desprenden entonces los elementos relacionados con la autonomía, el imaginario de autoridad, la estrategia entendida como la acción de las organizaciones y las formas de acción solidaria.

3. PROPUESTA FINAL

Las características de los mundos contemporáneos, varios, desiguales, injustos, pero potencialmente modificables, incluido el mismo hecho de la globalización como parte del proyecto modernizante, descritas a partir de los diferentes pensamientos sociales presentados anteriormente,

proponen a la sociedad con, desde y para las organizaciones, nuevas formas de actuar y pensar y nuevos modos de vivir. Como lo menciona Beck (1998: 16):

La puesta en escena de la globalización permite a los empresarios y a sus asociados, reconquistar y volver a disponer del poder negociador de la política [...] los empresarios y, sobre todo, los que se mueven a nivel planetario, pueden desempeñar un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto.

La manera de comprender cómo se vive lo contemporáneo en el caso de las organizaciones en Colombia pasa por el hecho de establecer una serie de elementos que definen la manera de actuar de éstas. Los elementos que a continuación se presentan constituyen una propuesta que busca avanzar en el camino para crear nuevas formas de gestión en las organizaciones del país.

La mirada aquí expuesta para cada uno de los elementos mencionados más adelante, se enmarca en las reflexiones de Lorino y Pesqueux (2000: 10-11), sociólogos de las organizaciones, quienes sostienen:

De manera muy general, los discursos de gestión se tratan de numerosos testimonios prioritariamente destinados al rol del *manager*, detentor de

saber y de poder de decisión, demiurgo de éxitos y fracasos, investido de la actividad propiamente ‘gestora’, a veces asistido de un investigador. Estos discursos tratan así de moverse sobre una teorización universal de prácticas administrativas, bajo la forma de métodos y herramientas. El *manager*, personaje central del discurso revela un carácter heroico [...] investido de valor simbólico y ejemplificador [...] [El nuevo discurso propone que] todos los actores de la organización contribuyen a la gestión; la gestión de la organización corresponde a la manera como los actores construyen el sentido actuando colectivamente, visión que se opone a la definición anterior, según la cual, la gestión corresponde a la manera como ciertos actores, los directivos, toman decisiones para lograr unos objetivos predeterminados.

De esta propuesta sobre cómo entender la gestión de las organizaciones se deriva que los elementos presentados a continuación han de ser investigados en relación con la mayor parte de los actores de la organización y no solamente con los directivos. Así las cosas, la propuesta es la siguiente:

3.1 Los nuevos escenarios de trabajo

Los nuevos escenarios de trabajo son las formas, nuevas y tradicionales, de relación del trabajo establecidas hoy en día al interior de las organizaciones (particularmente en las empresas privadas) y la manera como se perciben por sus miembros. Esto implica abordar los modos de contratación, remuneración, reconocimiento y evaluación que se dan en la organización. La idea es aportar en la apertura de espacios de concientización, elaboración y procesamiento resignificante (que implique cambios de sentido) de todo aquello que, por estar dogmáticamente capturado en un imaginario social predominante, impide o dificulta la participación protagónica de los sujetos en la resolución de sus conflictos y dificultades, para que posteriormente puedan potencializarse solidaridades y abrirse canales auténticamente participativos, o bien para señalar su ausencia. Sin esta toma de conciencia es improbable aceptar que la organización es el escenario de la acción colectiva de quienes la componen.¹⁸ Se trata, entonces, de hacer evidente la manera como todos los actores intervienen y cómo sus intereses y

¹⁸ La acción colectiva es desarrollada por Friedberg y Crozier desde los años 70 como la manera de comprender qué es lo que ocurre y cómo dentro de las organizaciones.

modos de actuar están íntimamente ligados a la forma de relación de trabajo que tienen con la organización.

3.2 Formas de acción solidaria

Aluden a la forma en que las organizaciones adoptan una posición frente al entorno, asumen su compromiso como parte primordial de la sociedad y responden a las necesidades de ésta, no sólo mediante la producción de bienes y servicios, sino a través de diferentes mecanismos que le permiten constituirse como pieza fundamental de su progreso. El objeto de la empresa es construir un proyecto humano inscrito en el tiempo, que no puede crear valor para los accionistas si al mismo tiempo no beneficia a sus trabajadores, a sus clientes, a sus proveedores y, en general, a la sociedad. A la empresa le corresponden determinadas funciones dentro de la sociedad; la más importante es proporcionar un servicio a través de la generación de productos o bienes o servicios, que debe cumplir con un fin específico; en segundo lugar, debe generar valor económico agregado para el conjunto de la economía de la sociedad; en tercer lugar, debe ser creadora de oportunidades de trabajo para los ciudadanos; cuarto, debe aportar a todos sus miembros satisfacción personal y perfeccionamiento humano; quinto, debe contribuir con su conducta a preservar los valores adoptados por la sociedad, y

sexto, debe asegurar la continuidad en el tiempo (Restrepo, 2005). Lo anterior implica una ética empresarial, pero más allá de ésta, requiere descifrar la manera como la organización entiende la solidaridad como un valor fundamental que permite lograr las funciones antes señaladas. La empresa debe expresar su acción solidaria con los más débiles, rechazar toda discriminación y toda exclusión, y respetar las particularidades personales y culturales de los miembros de la sociedad.

3.3 Imaginario de la multinacional

El papel jugado por las multinacionales frente al tema de la biopolítica y el modo como configuran el discurso administrativo o de gestión para el caso de las organizaciones en Colombia queda claramente demostrado en los apartes que sobre poscolonialidad se describieron en la segunda parte del artículo. Sin embargo, es muy posible que en el seno de las empresas exista el imaginario de concebir los modelos de las multinacionales como los ideales y, por lo mismo, como el patrón a seguir, sin considerar las implicaciones que sus métodos de gestión puedan traer para la realidad de las organizaciones en el contexto colombiano. Por lo anterior, es relevante conocer cuál es el imaginario que sobre “la multinacional” se despliega en las organizaciones colombianas. Ese despliegue

se entiende como la estrategia que la organización toma de acuerdo con esta idea: se adopta el modelo multinacional, se rechaza, se resiste, cómo lo hace. Usando el término de Bauman (2002), “reincrustarse”, vale la pena preguntarse: ¿la organización colombiana se “reincrusta” en el modelo multinacional? ¿Acaso se cree en las organizaciones colombianas que la única forma de gestión válida es la multinacional?

3.4 Interacción con los movimientos sociales

Para Escobar (2004), el surgimiento y auge de los movimientos sociales, particularmente los latinoamericanos, ofrecen tal vez la mejor posibilidad de imaginar “mundos y conocimientos de otro modo”. En los últimos siglos la modernidad y el capitalismo han organizado la vida económica y social en torno a la lógica del orden, la centralización y la construcción jerárquica (esto también aplica en gran parte a los socialismos realmente existentes). En recientes décadas, el ciberespacio (como el universo de redes digitales, interacciones e interfaces) y las ciencias de la complejidad han visibilizado un modelo diferente para la organización de la vida social. En términos de la complejidad en particular, hormigas, enjambres, ciudades, ciertos mercados, por ejemplo, exhiben lo que los científicos denominan “comportamiento adaptativo

complejo” (pg. 95), por ejemplo: miles de invisibles unidades formadas por células singulares ocasionalmente se funden en un enjambre y crean una visible forma amplia; mercados medievales enlazaron efectivamente multitud de productores y consumidores con precios definidos por ellos mismos en una forma que fue entendida localmente. En este tipo de situación, los comienzos simples conducen a entidades complejas sin la existencia de un plan maestro o una inteligencia central que las planifique. Ellos son procesos de abajo hacia arriba, donde los agentes que trabajan en una escala local producen comportamientos y formas de más altas escalas (ejemplo: las grandes demostraciones antiglobalización de los últimos años). Simples reglas en un nivel dan origen a sofisticación y complejidad en otro: las acciones de múltiples agentes que interactúan dinámicamente y siguen reglas locales, antes que comandos de arriba hacia abajo, resultan en visibles comportamientos macro o estructuras. Algunas veces estos sistemas son “adaptativos”, van aprendiendo a lo largo del tiempo y responden de modo más efectivo a las retardoras necesidades de su medio. Así las cosas, las organizaciones colombianas, y probablemente más aún las empresas, han de tener algún vínculo con estos movimientos sociales. En consonancia, se propone determinar entonces cuál es ese vínculo y cómo se da su articulación.

3.5 La estrategia como la acción

Ciertamente son muchos los planteamientos contemporáneos en relación con el significado que la estrategia tiene para las organizaciones, pero los más recientes,¹⁹ sin lugar a dudas, plantean que la estrategia debe ser entendida como la acción sobre la realidad de la organización que busque su transformación. Esto es, la posibilidad no sólo de conocer todo lo que afecta a la organización, sino la necesidad de transformarla de acuerdo con unos elementos intencionales. La pregunta que pretende resolver dicho elemento conceptual en esta propuesta es hasta qué punto las organizaciones perciben la estrategia de este modo, y finalmente cómo determinan su repertorio de acciones, sobre todo cuando se debería modificar una realidad desfavorable para la mayoría.

3.6 La percepción de la organización en la sociedad del riesgo

Es importante conocer cómo perciben las organizaciones en Colombia los elementos señalados por Beck (2002) como constitutivos de “la

sociedad del riesgo” o de la incertidumbre.

3.7 El imaginario de autoridad

Desde los planteamientos clásicos sobre lo que debe ser la gestión de las organizaciones, se ha hablado de la autoridad como un elemento regulador necesario para el buen funcionamiento de las organizaciones y para el logro de sus objetivos. Vale la pena mencionar que este elemento, casi paradigmático, es evidentemente parte del modelo de la sociedad moderna tradicional, así como de la sociedad del control o la sociedad posfordista de la actualidad. Sin embargo, también se considera relevante entender que en el mundo contemporáneo la autoridad debe ceder el paso a la posibilidad de auto-organización planteada por el pensamiento complejo. No se trata ahora de esperar que el acto mismo de obedecer ciegamente sea el que genere valor para las organizaciones, menos en el caso de Colombia, donde este ejercicio se ha cimentado en todos los niveles y sus consecuencias sobrepasan el despotismo poco productivo a la hora de enfrentar el mundo. Se considera que es el acto de

¹⁹ Para ampliar estos temas se sugiere consultar el modelo de origen japonés denominado *Hoshin Kanri* o administración por políticas, así como los modelos propuestos por Mintzberg (1993, 2007) en relación con los abordajes teóricos sobre la estrategia. El mismo Morin (2007) desarrolla todo un capítulo sobre la complejidad y la acción en la empresa.

reconocer que todos los individuos que forman parte de la organización son la clave para asumir con mayor responsabilidad las decisiones que se toman al interior de ella. Es justamente la responsabilidad de los actos para con ellos mismos y para con lo que se cree se merece como sociedad la que permite la configuración de un orden nuevo, la idea de “otro mundo posible”. De acuerdo con ello, el propósito de incluir este elemento en la propuesta es conocer cuál es la noción de autoridad que manejan las organizaciones colombianas en sus prácticas y los diferentes niveles en los que se organizan las personas en su interior.

3.8 El mercado como ente regulador

Los planteamientos señalados en este artículo identifican la necesidad de abandonar o por lo menos restar importancia al mercado como ente regulador de la vida no sólo económica, sino social. Por supuesto, no se trata de plantear un modelo alternativo de distribución o de inscripción en el mundo contemporáneo que a cada quien, y particularmente a las organizaciones, les corresponde vivir, pero sí es necesario darse a la tarea de identificar elementos que permitan encontrarlo. Por ende, es valioso indagar lo que al respecto piensan las organizaciones colombianas. Esto implica comenzar la tarea con el simple hecho de preguntárselo y en-

tender que consumo y mercado tal vez no son la misma cosa.

3.9. Innovación

Desde la aparición del tema de la gestión del conocimiento, la innovación se presenta como uno de los aspectos más importantes para las organizaciones, sobre todo para aquellas como las colombianas, que se consideran rezagadas de tales construcciones. La idea aquí es comprender y responder: ¿cómo se entiende este término?, ¿a quién va dirigida la innovación?, ¿a beneficio de quién y venida de quiénes?, ¿es legítima la creación de unos “activos intelectuales” bajo un régimen jurídico supranacional (patentes), gerenciados por las empresas multinacionales para la creación de riqueza en el capitalismo posmoderno?

3.10 Sujetos políticos

Las crisis a las que se enfrenta el país cada día cuestionan los valores permanentemente, o más bien indican que los valores se transforman. Ejemplos de ello son las pirámides financieras, la posición asumida frente a lo que se ha denominado “parapolítica”, las posturas frente al desplazamiento, a la guerra que se viene atravesando, al negocio de los biocombustibles y sus consecuencias sociales, a la minga y su búsqueda de reivindicación de derechos, entre otros. Todo esto alude a cómo se

perciben los individuos como sujetos políticos, en tanto de alguna manera son actores lejanos o cercanos a dichos procesos. Las organizaciones deben construir reflexiones para entender cuál es su papel como sujetos políticos por cuanto forman parte de la sociedad. Tal vez estas reflexiones no se han dado en las organizaciones; tal vez ellas, y por supuesto los sujetos que las componen, no se han dado cuenta de su capacidad de actuar en ese sentido. Así, se propone como un aspecto a ser tenido en cuenta dentro de la configuración del mundo contemporáneo el papel que perciben las organizaciones como sujetos y actores políticos. Por supuesto que este elemento sobrepasa el hecho de ejercer o participar en la política, entendida como la filiación y el apoyo a un partido que participa en los procesos de elección a cargos de elegibilidad y representación estatal.

BIBLIOGRAFÍA

- Aktouf, O. (2000), *Administración y pedagogía*, Colección Textos de Administración del Centre d'études en Administration Internationale, Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Aliende, A. (2004), *Para comprender las transformaciones sociales en el mundo contemporáneo. Una aproximación desde la sociología*, Pamplona: Editorial Verbo Divino.
- Bauman, Z. (2000), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2003), *Modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. y Tester, K. (2002), *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo y respuestas a la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2002), *La sociedad del riesgo global*, Madrid: Siglo XXI Editores.
- Beltrán, M. Á. y Cardona, M. (2005), *La sociología frente a los espejos del tiempo: modernidad, posmodernidad y globalización*, Medellín: Grupo de Estudios Sectoriales y Territoriales, Departamento de Economía, Escuela de Administración, Universidad EAFIT.
- Berger, S. (2006), *Made in monde. Les nouvelles frontières de l'économie mondiale*, París: Seuil.
- Boyer, R. (1991), "Le mots et les réalités". En: *Mondialisation au-delà des mythes*, París: La Découverte: 4-35.

- Bourg, D. (1997), *Nature et technique*, París: Hatier.
- Castro Gómez, S. (2005), *La poscolonialidad explicada a los niños*, Popayán: Editorial Universidad del Cauca, Instituto Pensar, Universidad Javeriana.
- Cornejo, A. (1997), *Complejidad y caos: guía para la Administración del siglo XXI*, Monterrey: Ediciones Castillo.
- Cortazzo, I. (2000), “Crisis del trabajo y salud: ¿se puede ser ciudadano?”. En: Cortazzo, I. y Moise, C. (comps.), *Estado, salud y desocupación. De la vulnerabilidad a la exclusión*, Buenos Aires: Paidós: 149-184.
- Crozier, M. y Friedberg, E. (2000), “Organisation et action collective: notre contribution à l’analyse des organisations”. En: *À quoi sert la sociologie des organisations?*, París: Seuil: 131-160.
- Dávila Ladrón de Guevara, C. (1991), “La crisis de la educación en administración en Colombia” En: *Ensayos sobre la educación en administración en Colombia*, Monografías N° 24 (mayo), Bogotá: Universidad de los Andes: 21-57.
- Deleuze, G. (2005), “Posdata sobre las sociedades de control”. En:
- Ferrer, C. (comp.), *El lenguaje literario*, 2, Montevideo: Editorial Nordan. En: http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=94, consultado el 15 de noviembre de 2008.
- Escobar, A. (2004), “Más allá del tercer mundo: globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales antiglobalización”. En: *Nómadas*, 20 (abril), Bogotá: Iesco, Universidad Central: 86-99.
- Etkin, J. (2003), *Gestión de la complejidad en las Organizaciones: La estrategia frente a lo imprevisible y lo impensado*, México: Oxford.
- Foucault, M. (2007), *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ganga, F. y Vera, J. R. (2008), “El gobierno corporativo: Consideraciones y cimientos teóricos”. En: *Cuadernos de Administración*, 35 (enero-junio), Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana: 93-126.
- García Canclini, N. (1997), “Culturas híbridas y estrategias comunicacionales”. En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 5 (junio), año/vol III, Colima,

- México: Universidad de Colima: 109-128.
- González, G. (2003), “Evaluación y comentario al artículo de Gerald Middgley «Science as Systemic intervention»”. En: *Cuadernos de Administración*, 26 (16, julio-diciembre), Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana: 183-189.
- Gray, J. (2004), *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*, Barcelona: Paidós.
- Hardt, M. y Negri, A. (2001), *Imperio*, Bogotá, D.C.: Ediciones Desde Abajo.
- Hernández, A., Saavedra, J. y Sanabria, M. (2007), “Hacia la construcción del objetivo de estudio de la Administración: una visión desde la complejidad”. En: *Revista Facultad de Ciencias Económicas*, 1 (xv, junio), Bogotá: Universidad del Rosario: 91-112.
- Langrand-Escure, L. y Thiétart, R. (1997), “Complexité: du vivant au management”. En: Simon, Y. y Joffre, P. (comps.), *Encyclopedie de gestion*, París: Economica: 353-371.
- Lorino, P. y Pesqueux, Y. (2000), “Du manager décideur a l’organisation agissante”. En: Lorino, P. (dir.), *Enquêtes de gestion, à la recherche du signe dans l’entreprise. Huit récits du compact-disc au pain biologique*, París: L’harmattan.
- Lyotard, J. F. (1993), *Le postmoderne expliqué aux enfants*, París: La lime de poche.
- Mignolo, W. (1996), “Herencias coloniales y teorías poscoloniales”. En: González Stephan, B., *Cultura y Tercer Mundo: 1. Cambios en el saber académico*, cap. IV. En: www.cholonautas.edu.pe/, Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales, consultado el 5 de agosto de 2008.
- Mintzberg, H. (1993), *El proceso estratégico: conceptos, contextos y casos*, México: Prentice Hall Hispanoamericana.
- Mintzberg, H., Ahlstrand, B. y Lampel, J. (2007), *Safari a la estrategia. Una visita guiada por la jungla del management estratégico*, Argentina: Ediciones Granica.
- Moise, C. (2000), “Trabajo, desempleo e impacto subjetivo”. En: Cortazzo, I. y Moise, C. (comps.), *Estado, salud y desocupación. De la vulnerabilidad a la exclusión*, Buenos Aires: Paidós: 121-148.
- Mora, A. I. (2008), “Organizaciones líquidas: Retos de la responsabilidad social”. En: *Nuevos retos y perspectivas del pensamiento*

- administrativo: Responsabilidad Social Ambiental*, Bogotá: Asociación Colombiana de Facultades de Administración (Ascolfa): 11-50.
- Morin, E. (2007), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa.
- Restrepo, N. (2005), “La construcción de la paz es la más importante empresa”. Conferencia presentada en Comfama, 27 de mayo de 2005. En: <http://www.comfama.com/biblioteca/documentos/>, consultado el 19 de noviembre de 2008.
- Santos, B. de S. (2003), “The World Social Forum: Toward a Counter-Hegemonic Globalization”. Ponencia presentada en el XXIV Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Dallas, 27 al 29 de marzo de 2003. En: <http://www.ces.fe.uc.pt/bss/fsm.php>, consultado el 10 de junio de 2008.
- Schettini, P. y Sarmiento, J. (2000), “Relación entre trabajo, ciudadanía y democracia: transformaciones del nuevo régimen social de acumulación”. En: Cortazzo, I. y Moise, C. (comps.), *Estado, salud y desocupación. De la vulnerabilidad a la exclusión*, Buenos Aires: Paidós: 87-117.
- Shiva, V. (2001), *Biopiratería. El saqueo de la naturaleza y el conocimiento*, Barcelona: Icaria.
- Ulloa, A. (2004), *La construcción del nativo ecológico. Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).